

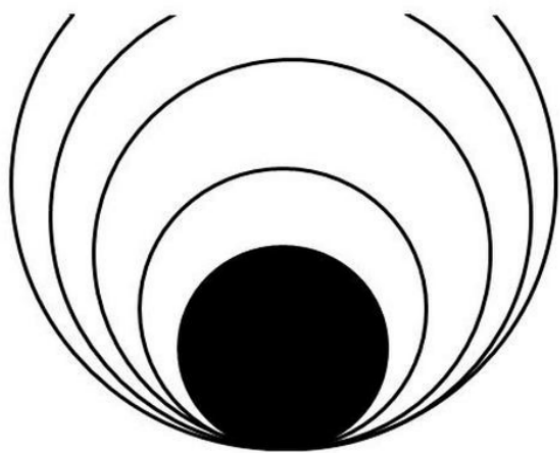
**PUNTO
ROJO**

LA DAMA CERCADA

Clark Carrados

PARA MAYORES
DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

- En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.681 - La estrella de Jonny Colt.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.545 - Vidas en subasta.
- En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
1.058 - Sed de odio, sed de sangre.
- En Colección CALIFORNIA:
812 - Abogado de revólver.
- En Colección KANSAS:
1.030 - Derrota y victoria.
- En Colección BRAVO OESTE:
626 - Clave para el asesino.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
818 - El fin de la cuenta.
- En Colección ASES DEL OESTE:
635 - Las siete chicas de oro.
- En Colección BISONTE SERIE AZUL:
138 - Contratados para morir.
- En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
66 - Destinos ardientes.
- En Colección PUNTO ROJO:
932 - Mujer blanca.
- En Colección COLORADO:
1.069 - Unido por el odio.

CLARK CARADOS

LA DAMA CERCADA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 935
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 756 - 1980

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: marzo, 1980

© Clark Carrados - 1980

texto

© Jorge Sempere - 1980

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Con el periódico bajo el brazo y un cigarro entre los dientes, Chuck Feldon se encaminó hacia la hamaca situada a la sombra sostenida por dos árboles de frondosa copa, en la que se acomodó instantes después, para gozar de la placidez del ambiente y echar una cabezadita si se terciaba. La brisa provocaba susurros en las hojas de los árboles, volaban algunas mariposas por los alrededores, las flores brillaban en el césped y se oía el zumbido de un moscardón, que no parecía afectado por la temperatura calurosa de principios de julio.

La cabaña estaba a veinte metros escasos de distancia, emplazada en un lugar solitario, aunque no muy lejos de una carretera, la cual, sin embargo, quedaba oculta por una loma cercana. Un arroyo de cristalinas aguas corría a unos pocos pasos, equidistante de la hamaca y de la cabaña. Para Feldon, aquello era el paraíso terrenal.

Desplegó el periódico. Lo había traído la víspera de la ciudad, pero, al llegar de noche, había pospuesto la lectura para otro momento. No le interesaban las noticias en sí, sino algunos artículos de la sección científica, que se publicaba una vez por semana. Uno de aquellos artículos, precisamente, era suyo y sabía que, antes de ser publicado, había sido leído por un colega, quien, a su vez, publicaría simultáneamente la refutación de sus teorías.

Resultaría interesante leer los argumentos que empleaba el zoquete de Harmon Fiske, se dijo, mientras se cambiaba el cigarro de sitio en la boca. Desplegó el periódico y entonces leyó una noticia que atrajo momentáneamente su atención.

La noticia iba acompañada de la fotografía de una hermosa joven, de unos veintitrés años de edad, cabello suelto y pupilas claras. Era muy bonita, reconoció Feldon.

La joven se llamaba Nellie Thornton, Booker de soltera, y la

noticia se refería a la disputa de una herencia. El juez, después del juicio correspondiente, había decidido irrevocablemente que no había ningún motivo para declarar ilegal, ni siquiera irregular, el testamento de su difunto esposo, Blaise Rodney Thornton.

Los presuntos herederos tenían motivos más que suficientes para impugnar el testamento. Al morir, Thornton había dejado una fortuna que se evaluaba en doscientos cincuenta millones de dólares, toda la cual, salvo unas mandas sin importancia, habían ido a parar al regazo de su viuda, Nellie Thornton, Booker de soltera, insistía el periodista.

—Con ese dinero, menudo laboratorio podría montar yo —murmuró Feldon.

Pero como era una hipótesis irrealizable, y a Feldon no le gustaba soñar, abandonó muy pronto sus pensamientos y procuró concentrarse en la disputa científica que sostenía con Harmon Fiske, hombre que, en su opinión, merecía mejor unas herraduras que unos zapatos.

A los pocos minutos, oyó un aleteo. Un negro pajaraco se posó sobre su hombro y picoteó suavemente su oreja.

—«Judas», déjame tranquilo —pidió.

—Sí, amo —contestó el cuervo.

Se encogió sobre sí mismo, metió la cabeza bajo un ala y se puso a dormir.

Feldon continuó su lectura. Al cabo de un rato, empezó a sentirse vencido por una agradable somnolencia. Dejó caer la colilla sobre la hierba; no había peligro de incendio. Se puso el periódico sobre la cara y, a los pocos momentos, estaba en el mejor de los mundos.

Sonó con una bella mujer. Sorprendentemente, tenía las facciones de Nellie Thornton. Ella le miraba sonriendo, con una indescriptible expresión de simpatía en sus hermosas facciones.

—Despierte —dijo la joven—. Por favor...

Feldon abrió un ojo.

—Usted no está aquí. Es un sueño —sonrió.

—No soy un sueño; soy de carne y hueso —contestó ella.

Feldon había cerrado un ojo de nuevo. De pronto se dio cuenta de que no tenía el periódico sobre la cara. «Judas» tampoco estaba reposando en su hombro.

Se incorporó bruscamente y contempló a la muchacha.

—Es increíble —dijo—. Mi sueño se ha hecho realidad.

Nellie se echó a reír.

—No me diga que soñaba conmigo —exclamó.

—Pues... —Feldon se inclinó un poco y luego saltó al suelo. El periódico estaba en manos de la joven—. Dispénseme, señora Thornton. Estoy... completamente aturdido... Lo que menos podía esperar es verla aquí.

Nellie agitó levemente el periódico.

—Ha leído la noticia, supongo...

—Sí, señora... Perdón, soy el doctor Feldon... Pero ¿qué hace usted aquí?

—Siento mucho molestarle, doctor —se disculpó ella—. Me he quedado sin gasolina. Vi el camino que partía de la carretera y supuse que me llevaría a un lugar habitado.

—Hay casi una milla —dijo él.

—La he recorrido a pie, aunque cuando estaba a punto de llegar aquí, tropecé con una piedra y me caí. Tengo una rozadura en la pierna...

Feldon agitó una mano.

—Venga a casa, por favor; le curaré esa herida —dijo.

Nellie vestía un sencillo traje de color amarillo vivo, con falda hasta unos cinco centímetros por encima de la rodilla. Feldon limpió la rozadura con agua y jabón primero, luego le dio un poco de mercromina y acabó tapándola con una ancha tira de cinta adhesiva.

—Listo —dijo, a la vez que se incorporaba—. En pocos días estará como nueva. No le quedará la menor señal, señora Thornton.

—Bien, en tal caso, sólo me resta pedirle que me indique cuáles son sus honorarios, doctor Feldon —dijo ella.

—Por favor...

—Usted es médico y debe cobrar de sus pacientes.

Feldon se echó a reír.

—Temo que hay una confusión —respondió—. Soy doctor en Física, no en Medicina.

—Oh..., no imaginé...

—No se preocupe. Aguarde un momento, por favor; haré un poco de café. Luego iremos en mi coche y trasvasaremos unos

cuantos litros de gasolina para que pueda llegar a la próxima estación de servicio. Está a unos diez kilómetros de distancia, hacia el norte.

—Gracias, doctor; es usted muy amable.

—Me gusta practicar la virtud de la hospitalidad, señora Thornton.

Feldon se alejó. Nellie se acercó a la puerta y contempló el paisaje con ojos llenos de melancolía. Era un lugar muy agradable, tan cercano a la civilización y, sin embargo, con el aspecto de pertenecer a un mundo completamente distinto.

A los pocos momentos, oyó ruido de cacharros.

—El café está listo —anunció él.

—Vive usted en un lugar maravilloso, doctor —dijo Nellie—. Apuesto a que se retira aquí para estudiar... o mejor aún, para descansar.

—Las dos cosas. Cuando me conviene, estudio, pero ahora estoy descansando. ¿Crema? ¿Azúcar?

—Un solo terrón, por favor.

Nellie se acercó a la mesa. Feldon le entregó una taza.

—Ahora subiremos a la carretera —sonrió.

Ella hizo un leve movimiento de cabeza. Tomó unos sorbos y luego le dirigió una mirada.

—Doctor, si me permite una observación...

—Por supuesto —accedió él.

—Ha leído una noticia en el periódico y no ha hecho el menor comentario. ¿Puedo expresarle mi extrañeza?

—Oh, no me gusta entrometerme en las intimidades de las personas. Demasiado me doy cuenta de que se ha convertido en una mujer célebre; pero ése es un problema suyo, aunque sea una frase incorrecta.

Ella suspiró.

—Sí, es mi problema... y más grave de lo que piensa, doctor.

—¿Por qué? Ya no hay conflictos. El juez ha confirmado el testamento de su difunto esposo. Los otros parientes no tienen el menor derecho a la herencia. Eso es algo que ha quedado definitivamente zanjado.

—Según se mire...

Nellie no pudo continuar. Se oyó un fuerte aleteo y una sombra

negra irrumpió en la estancia, a la vez que lanzaba un estridente graznido.

—Hola, «Judas» —dijo Feldon alegremente.

—Hola, simpático —contestó el cuervo.

Nellie se sentía atónita.

—Es..., es...

—Un cuervo —confirmó él—. Se llama «Judas» y somos muy buenos amigos. «Judas», saluda a la señora Thornton.

—Hola, guapa —dijo el pajarraco.

Nellie se echó a reír.

—Es algo increíble, doctor —exclamó—. ¿Cómo lo ha conseguido?

—Bueno, fue obra de la casualidad... Hace un par de años, estaba dando un paseo y me lo encontré al pie de un árbol, sin duda caído del nido. Tenía pocos días y me lo traje a casa. Lo alimenté adecuadamente, en realidad, lo hice revivir y luego... Los cuervos son más dóciles de lo que piensa la gente y se pueden amaestrar sin demasiadas dificultades. Como ha podido apreciar, pueden repetir algunas frases..., pero, sobre todo, «Judas», que empezó conmigo cuando aún no tenía una semana de edad.

—Es fantástico —dijo Nellie, que aún no había salido de su asombro.

—Todavía no conoce todas las habilidades de «Judas» —contestó Feldon, a la vez que acariciaba el plumaje del cuervo, azulado de tan negro—. Pero si lo piensa un poco, no tiene nada de extraño. ¿Ha oído hablar de Lorenz y sus experiencias con los gansos?

—Sí, un poco...

—A Lorenz le seguía una manada de polluelos de ganso, como si fuese la gansa madre. Conque hacer lo mismo con un solo ejemplar y más de un ave tan inteligente como el cuervo, no resultó nada difícil. Un poco de paciencia, eso es todo.

—¿Lo deja solo cuando se marcha?

—Sí, pero arriba, cerca del techo, hay un agujero y puede entrar y salir de la casa cuando le apetece. Si vuelvo y no lo encuentro, silbo, y a los pocos minutos viene volando.

—En su caso, la frase no es una metáfora —rió la joven.

—Cierto.

—Oiga, ¿cómo ha conseguido que me salude con esa frase tan...

elogiosa?

—Bueno, empleo una especie de contraseña, una ligera variación en el tono de la orden. Si hubiese sido un hombre, «Judas» le habría dicho: «Hola, amigo», o bien «Vete al diablo, especie de canalla». Depende, claro está, de mi interlocutor.

—¿Y no confunde nunca las frases? ¿No llama canalla al amigo y viceversa?

—No, porque está callado, a menos que se lo ordene...

—Debería exhibirlo en un circo...

—¡Ni hablar! —exclamó el cuervo—. Nada de circo, nada de circo...

Sin dejar de sonreír, Nellie alzó las cejas.

—¿Cómo puede...?

—Lo dice cada vez que alguien menciona la palabra circo —explicó Feldon—. En el fondo, un reflejo condicionado.

—Sí, lo entiendo perfectamente. —Nellie recogió su bolso—. Doctor, creo que le he molestado bastante, aunque todavía no he terminado.

—Es verdad, ya lo había olvidado —dijo Feldon, a la vez que se daba una palmada en la frente—. Bueno, ahora iremos en el coche...

Nellie echó a andar hacia la puerta. Feldon la seguía, con el cuervo sobre el hombro.

De repente, cuando la joven se hallaba bajo el dintel de la entrada, sonó un disparo.

CAPÍTULO II

Al disparo siguió el sordo sonido del impacto del proyectil, al clavarse en una de las jambas de la puerta. «Judas» se elevó, con sonoros graznidos de protesta.

Feldon reaccionó vivamente. Agarró el brazo de la muchacha y tiró de ella, situándola a un lado de la puerta, antes de que la segunda bala penetrase a través del hueco e hiciese volar por los aires la mayor parte del servicio de café.

—Pero ¿quién diablos nos tirotea? —exclamó Feldon, indignado.

Ella estaba con la espalda apoyada en la pared, muy pálida.

—Suprima el «nos» —dijo—. Disparan contra mí.

Se oyó un tercer estampido. La bala aulló al rebotar en la repisa de piedra de la chimenea, situada justo frente a la puerta.

Feldon asomó la cabeza por la ventana contigua. El tirador estaba a unos cien metros, más allá del arroyo, en un punto donde el terreno se quebraba súbitamente en un escarpado talud. Sin duda, había dado un gran rodeo, trepando por la ladera, para situarse en lo que era una óptima posición de tiro.

—Eso significa que la han seguido, ¿verdad?

Nellie asintió.

—Creí haberle despistado, pero, sin duda, al ver mi coche parado en la carretera, pudo localizarme... El camino está muy seco y habrá visto huellas mías sobre el polvo.

—Ni que estuviéramos en el Oeste del siglo pasado —refunfuñó él.

De súbito, se oyeron unos fuertes graznidos. Alguien emitió una colérica interjección.

Los graznidos se repitieron. Feldon asomó la cabeza y vio a «Judas» revoloteando furiosamente en torno a un individuo, armado con un fusil, quien intentaba defenderse a golpes con la mano libre.

Bruscamente, el cuervo franqueó la barrera defensiva del tirador

y le asestó un terrible picotazo en su ojo izquierdo.

Se oyó el terrible alarido. El sujeto soltó el fusil y se llevó las dos manos a la cara. «Judas» atacó de nuevo, y empleó por segunda vez la herramienta que era su pico.

El hombre retrocedió un paso instintivamente. De pronto, perdió pie.

Gritó espantosamente. Feldon le vio manotear, en el borde de la cortadura, agitando los brazos desesperadamente. Luego, de golpe, desapareció.

—¡Ha caído por el talud! —gritó, a la vez que echaba a correr.

«Judas» revoloteaba sobre el lugar, a la vez que emitía unos graznidos en los que se percibían notas de triunfo. Feldon alcanzó el borde de la cortadura y miró hacia abajo.

Había un cuerpo inmóvil a unos doce metros de distancia, con los brazos extendidos. La rodilla derecha estaba doblada antinaturalmente bajo el cuerpo. En aquel hombre no se percibía ya el menor movimiento.

—¿Está muerto? —preguntó Nellie.

Feldon se volvió al instante.

—Si no lo está... no le envidio en absoluto —contestó—. Quédese aquí, voy a bajar.

—El descenso es imposible, doctor.

—Conozco un sendero que está muy cerca. —Feldon elevó la vista—. Gracias. «Judas».

—De nada —respondió el cuervo.

—No sé si echarme a reír o a llorar... —dijo Nellie con voz crispada.

Feldon la miró de soslayo.

—A veces, tener demasiado dinero no parece aumentar la felicidad —comentó.

—Yo no lo busqué —repuso ella.

—Pero lo tiene. Dispense, volveré en seguida.

Feldon se alejó con paso rápido. A unos doscientos metros, encontró el sendero, que descendía por una ladera menos empinada. Corrió todo lo que pudo y, en pocos minutos, se encontró junto al caído.

Le tomó el pulso. Estaba muerto.

Procuró no mirar su rostro, en el que se advertían las señales del

tremendo picotazo que «Judas» había asestado al individuo, destrozándole el ojo izquierdo. Ofrecía un aspecto horrible.

A través de la chaqueta entreabierta divisó la culata de un revólver. Si había tenido alguna duda, se dispó de inmediato.

—Un asesino profesional —murmuró.

Lo mejor era dejar todo tal como estaba y avisar a la policía. Regresó sobre sus pasos y se encaminó hacia la cabaña, en la que supuso se hallaba la joven, reponiéndose del susto recibido.

«Judas» se había posado en la rama de un árbol y parecía muy entregado a la limpieza de sus plumas con el pico. Feldon cruzó el umbral. Frunció el ceño al no ver a la joven.

—¡Señora Thornton! —llamó.

De pronto vio algo sobre la mesa. Había dos papeles, uno de ellos con una forma peculiar. El otro era una hoja arrancada de un cuaderno de notas, con un mensaje que decía:

«Me llevo su coche. Le dejo un cheque para que pueda comprarse otro. Por favor, no mencione mi nombre. Lamento infinito las molestias que haya podido sufrir por mi causa.

»Suya afectísima,

»N. T.».

Feldon permaneció inmóvil durante unos momentos. El cheque, apreció, era por quince mil dólares. Había más que suficiente para comprarse otro coche, y de los buenos, además. Íntimamente, compadeció a aquella joven, agobiada por un exceso de dinero. Se merecía otra suerte, pensó.

Al cabo de unos instantes, dio media vuelta y salió de la cabaña. Al llegar al borde del talud, empujó el rifle con el pie, cuidadosamente, hasta hacerlo saltar al fondo. Entre la hierba brillaban las vainas vacías de los cartuchos disparados. Sucesivamente y protegiéndose las yemas de los dedos con un pañuelo, las arrojó igualmente al barranco.

Lanzó un suspiro. Lo peor era que no tenía teléfono y habría de darse una caminata, antes de encontrar uno que le permitiese ponerse en contacto con la policía.

Los ojos de Nellie Thornton centellearon de cólera al ver a las dos personas que estaban frente a ella, en un lujoso gabinete de su residencia.

Eran un hombre y una mujer. Él contaba unos cuarenta y cinco años y era alto, delgado, de pelo pajizo y ojos atravesados, vestido con ropas mal cortadas y de hechura ya anticuada. Nellie sabía que aquella indumentaria era lo más elegante que poseía Amos Harper y se había comprado el traje al menos hacía quince años.

La mujer era su hermana, cinco años mayor que él y sumamente parecida en lo físico, aunque necesitaba verle las faldas para adivinar su sexo. Los ojos de Rosie Harper eran pequeños, ratoniles, malévolos, aunque ahora expresaban humildad, sentimiento que Nellie consideraba absolutamente ficticio.

—No les debo nada, absolutamente nada —dijo la joven, en respuesta a la petición de sus visitantes.

—Pero, Nellie, nosotros te cuidamos como si fueses nuestra propia hija... Te alimentamos, te dimos vestidos... —gimoteó la mujer, soltera, como su hermano, que hacía rodar continuamente el sombrero en sus manos.

—Me alimentaron, me vistieron —dijo ella burlonamente—. Vestía harapos, trozos de tela que no se habría puesto un leproso... Comía las sobras, lo que ustedes no querían, como si fuese uno más de los perros que tenían en la granja... Más de una vez tuve que disputar la comida a los cerdos, porque el hambre me roía las entrañas... Me cuidaron, dicen, y desde los ocho años tuve que trabajar como una persona mayor, sufriendo mil inconvenientes y recibiendo más palos que las mulas que tenían para trabajar la tierra...

—Somos pobres —dijo él roncamente—. Ahora tú eres muy rica y podrías ayudarnos, Nellie.

—Ayudarles ¿a qué? ¿A que sigan viviendo como puercos en aquella miserable granja? ¿Ayudarles a que puedan atormentar a otra huérfana, como me atormentaron a mí durante siete años?

—Tienes muy mal concepto de nosotros —lloriqueó Rosie—. Los años te hacen ver las cosas muy diferentes de como eran en realidad.

—Si quiere, le enseño la espalda. Todavía tengo marcas de los golpes que usted me propinó con una correa de cuero. ¿Sabe por

qué me fugué de la granja? A pesar de todo, allí tenía un techo..., aunque en el invierno había goteras..., pero su hermano empezó a perseguirme como un sátiro. Hubo un momento en que estuvo a punto de violarme... y entonces decidí que no podía seguir un minuto más en aquel horrible lugar. Por eso me escapé y no por otra cosa.

—Estás calumniando a Amos —protestó la mujer.

—Mírele la cara —dijo Nellie—. Mírele bien y sabrá que digo la verdad. Pero esto no importa ahora.

—Sí..., si te hicimos algún daño, estamos arrepentidos... —murmuró Harper.

—Claro, porque tengo dinero —contestó ella sarcásticamente—. Está bien, de todos modos, no quiero... Mejor dicho, me disgustaría mucho que alguien pudiera creer algún día que soy como ustedes. Les daré dos mil dólares y no vuelvan por aquí.

—Dos mil dólares —se escandalizó Rosie.

—¿Acaso pensó que iba a conseguir dos millones? Usted no está bien de la cabeza, señora.

—Al menos, podrías llamarme tía. Recuerda que somos tus únicos parientes...

—Ya, primos en tercer grado de mi madre...

—Por eso te sacamos del orfelinato, porque éramos tus únicos parientes —añadió el hombre.

—Lo que necesitaban era otra mula de carga —contestó Nellie sin abandonar su tono mordaz—. El trato que me dieron no era precisamente el que se da a un miembro de la familia, por distante que sea el parentesco. Pero no quiero seguir discutiendo más. Dos mil dólares y no vuelvan a verme en todos los días de su vida.

Nellie rellenó rápidamente un cheque, lo firmó y lo entregó al hombre. Pero la mujer fue más rápida y llegó antes.

—Dámelo —dijo—. Tú serías capaz de gastártelo en aguardiente antes de veinticuatro horas.

Rosie guardó el cheque en un deslucido bolso y miró a la muchacha.

—¿No..., no tienes un empleo para nosotros? Amos sería un buen jardinero y..., y yo cuidaría de ti... como una madre...

—¡Largo! —ordenó Nellie, a punto de estallar.

Los dos hermanos se marcharon, murmurando entre dientes.

Nellie quedó sola en el saloncito, con los ojos cerrados y el pecho moviéndose tumultuosamente. Durante unos minutos, había revivido desagradables escenas de una infancia y adolescencia que no habían sido nada felices. Era algo que creía olvidado, pero la repentina presencia de los Harper había hecho revivirlo con toda su fuerza.

No, no volvería a verlos más, se propuso firmemente. Y si intentaban visitarla...

Tocó el timbre. Una doncella apareció a los pocos instantes.

—¿Señora?

—María, tráigame el café, por favor.

—Sí, señora.

—Ah, y si vuelven los señores Harper, dígales que no estoy. No les permita el paso nunca. Nunca, ¿me ha entendido?

—Sí, señora.

Amos y Rosie Harper se cruzaron a la salida con una hermosa mujer que se disponía a entrar en la casa. La recién llegada les miró con ojos de pasmo, como si estuviera contemplando a unos seres prehistóricos, surgidos repentinamente en la era de los aviones a reacción y las centrales nucleares.

Harper la miró también, devorándola con los ojos. Rosie se dio cuenta y le asestó un codazo.

—Vamos, estúpido; deja de mirar a las mujeres. Son la perdición de los hombres...

—A ti te gustaría haber perdido a unos cuantos hombres —se burló el hermano.

La visitante entró en la casa con toda desenvoltura. Cruzó el vestíbulo, llegó hasta la puerta del saloncito y la abrió sin más.

—¿Puedo...? —dijo.

Nellie se disponía a tomar el café y su rostro expresó la sorpresa que le producía la visita de aquella hermosa mujer, seis o siete años mayor que ella.

—Ya estás aquí, Kathy Grove —contestó—. ¿En qué puedo servirte?

—Oh, en nada particular... —dijo la recién llegada—. Pasaba por las inmediaciones y me dije que debía hacerte una visita de cortesía.

—¿Seguro, Kathy?

—No seas mal pensada. Hemos sabido perder con elegancia...

—No lo dirás por la demanda que entablasteis contra mí los cuatro hermanos —acusó Nellie.

Kathy se puso las manos sobre el pecho opulento.

—No me echas a mí la culpa, querida. Fue cosa de Clint, el hermano mayor... y si eres imparcial deberás admitir que estábamos en nuestro derecho al interponer la demanda de abrogación del testamento.

—Lo sé. Pero la sentencia es irrevocable. Lo siento.

—No, no lo sientes, pero ¿qué le vamos a hacer? Simplemente quería felicitarte.

—Gracias, Kathy.

—Tampoco he venido a pedirte dinero...

—No te lo habría dado. Dupliqué la cuantía de las mandas que dejó mi esposo. Es suficiente.

—Sí, lo sé... —Kathy emitió una sonrisa de circunstancias—. Celebro haberte saludado y... Oye, ¿quiénes eran esa pareja tan estrafalariamente vestidos? Parecían venir de la Edad de Piedra...

—Rosie y Amos Harper, unos parientes lejanos que me recogieron cuando estaba en el orfelinato.

—Ah, son parientes...

—Mi madre era prima en tercer grado de ellos. Les he dado un poco de dinero. ¿Algo más, Kathy?

La visitante recogió su bolso.

—Celebro haberte saludado, Nellie —se despidió.

CAPÍTULO III

El coche se detuvo frente al parador de carretera y de él se apearon sus dos ocupantes, ajenos a la expectación que había despertado en un hombre que se tomaba tranquilamente una taza de café en la barra. Chuck Feldon arqueó las cejas al contemplar aquel arcaico «Ford T», y se preguntó si estarían rodando una película con una cámara oculta.

Los Harper entraron en el bar. Parecían muy enojados y discutían vivamente. El hombre pidió *whisky* y ella rectificó de inmediato.

—Café para los dos —dijo imperativamente—. No pienses que voy a permitir que derroches el dinero que nos ha dado Nellie Thornton.

Feldon aguzó el oído al oír ese nombre. Habían pasado ya unas cuantas semanas desde el incidente y no había vuelto a tener noticias de la joven. De repente, sintió el impulso de verla de nuevo.

—Perdón —dijo, con la mejor de sus sonrisas—. Sin querer he oído el nombre de la señora Thornton. Soy amigo suyo y hace tiempo que no la veo. ¿Podrían indicarme su residencia, por favor?

Rosie dudó. Amos miró impertinentemente al joven.

—Permítame que les invite —dijo Feldon—. El caballero, sin duda, quiere *whisky*. ¡Mozo, un doble, pronto! Señora, ¿qué desea tomar usted?

Rosie vaciló. Los ojos de Amos brillaron.

—Es usted muy amable, amigo —dijo.

—¿De..., de veras me invita usted? —preguntó Rosie.

«Es una tacaña», pensó Feldon.

—Pues claro que sí, señora.

—Entonces, yo también quiero *whisky*.

Un cuarto de hora más tarde, Feldon estaba enterado de la vida

y milagros de los Harper, cuyas quejas acerca de la ingratitud y malevolencia de la mujer a quien habían criado y educado como hija propia eran un rosario inacabable. En cuanto le fue posible, Feldon se escabulló y subió a su coche, felicitándose de la casualidad que le había permitido conocer el domicilio de Nellie.

Tres cuartos de hora más tarde, la doncella entró en el gabinete donde estaba Nellie, con una tarjeta de visita en la mano.

—Señora, este caballero desea visitarla.

Nellie leyó el nombre impreso y se sobresaltó. Dudó un momento, pero se dijo que no debería repetir la descortesía, negándose a recibir al visitante.

—Está bien, dígale que pase, María.

—Sí, señora.

Feldon entró segundos más tarde. Nellie le dirigió una tímida sonrisa.

—Apuesto algo a que ha venido a reprocharme el robo del coche —dijo.

—Me dejó dinero para otro —contestó él—. Naturalmente, comprendí que tenía prisa...

—Sí, la tenía. Siento mucho lo ocurrido, señor Feldon.

—Ya pasó, no se preocupe. ¿Se encuentra bien?

Ella le miró inquisitivamente.

—Su pregunta encierra una doble intención —dijo.

—Lo admito.

—Entonces..., me encuentro bien, dentro de lo que cabe.

—Siguen los problemas, ¿eh?

—Por favor...

—Dispense. Sólo quise saludarla. No vaya a pensar que estoy aquí para reprocharle lo que hizo. Me parece una actitud lógica, dadas las circunstancias.

—Gracias, señor Feldon.

—Por cierto, cuando tenga ganas de descansar, vaya a mi cabaña. La llave está en un hueco disimulado del agujero que usa «Judas» para entrar.

Nellie sonrió vivamente al recordar al cuervo.

—Si fuese, ¿no me atacaría?

—Diga solamente «Judas, paz», y emplee un tono agudo... Así...

—Después de repetir la frase, Feldon añadió—: Se posará en su

hombro, considerándola a partir de ese momento como una buena amiga.

—Gracias, aunque por ahora no pienso ir por allí. ¿Puedo preguntarle cómo ha encontrado mi residencia? Tengo otra en la ciudad, pero está cerrada y ésta no es muy conocida.

—Me encontré en un bar de la carretera con unos parientes suyos —explicó Feldon—. Se lamentaban mucho de su ingratitud.

Nellie se puso rígida.

—Usted no conoce la historia —respondió.

—Ellos me han contado algo, aunque hartó me imagino lo que debió de suceder. Son tipos que se creen muy astutos, pero su carácter se transparenta en seguida. En fin, aquello ya pasó... y ojalá que ahora las cosas le rueden mejor.

Ella trató de sonreír.

—Gracias, señor Feldon.

El joven hizo un ligero ademán.

—Celebro haber podido saludarla —dijo.

—¿Se marcha ya?

—Claro. Sólo quise ver cómo se encontraba.

—Aguarde, hombre. ¿No me va a permitir que corresponda al café con que me invitó en su cabaña?

—No desearía molestarla, señora Thornton.

—Al contrario, será un placer, señor Feldon —sonrió la muchacha.

Dudley Fitzhugh fue a la consola, destapó la botella y se sirvió una buena dosis de escocés. Luego, mientras contemplaba el vaso, dijo:

—Fuiste un estúpido, Clint Grove. ¿A quién se le ocurre contratar a un matón profesional para matar a la viuda de tu tío Blaise?

—Me pareció una buena idea —se defendió el aludido.

—Una buena idea —refunfuñó Ronnie, el otro hermano—. Entonces, si ella hubiera muerto, todo su dinero habría ido a parar a instituciones benéficas. El testamento del viejo así lo dispone.

—No habríamos visto un centavo —dijo Effie, otra hermana, morena, de ojos ardientes y silueta voluptuosa.

—Entonces, no le demos más vueltas; hemos perdido la fortuna —rezongó Clint.

—Y eso que teníamos el mejor abogado de la ciudad —comentó Ronnie sarcásticamente.

—Lo intenté todo —respondió Fitzhugh—. Incluso insinué al juez la posibilidad de soborno por todo lo alto. Hubiera dado cinco millones de buena gana, ¿verdad?

—Hasta diez —exclamó Effie.

—Esa fortuna se puede conseguir por mucho menos dinero —intervino Kathy, repentinamente.

Hasta entonces, había permanecido silenciosa. Los otros hermanos y el elegante abogado la miraron llenos de curiosidad.

—Hoy, por casualidad, he descubierto que Nellie tiene unos parientes —dijo Kathy con tono mesurado—. Son gentes ya maduras, dos hermanos, Amos y Rosie, ambos solteros, dos granjeros que parecen vivir todavía en el siglo pasado.

Fitzhugh respingó.

—Nunca he oído hablar de esos parientes —confesó.

—Porque de abogado sólo tienes la fachada y el título —dijo Kathy con mordaz acento—. Si conocieses mínimamente tu oficio, habrías investigado la vida de Nellie hasta el último detalle.

—Entonces, tenemos quien nos dispute la fortuna —exclamó Clint despechado.

—Si ella muriese ahora, ¿quién heredaría, sino los Harper?

Hubo un momento de silencio. Ronnie maldijo entre dientes.

—Ya es mala suerte... —se quejó.

—Al contrario, es una suerte fabulosa —sonrió Kathy—. Jamás podríamos haber soñado en que se produjera una circunstancia tan favorable. Es un verdadero regalo del cielo, os lo aseguro.

—Si no te explicas mejor, hermanita... —pidió Effie.

Kathy la miró críticamente.

—Amos Harper me devoraba con la vista, cuando nos cruzamos hoy en la casa de Nellie —dijo—. Voy a conquistarle, para convertirme en su esposa.

Fitzhugh sonrió.

—Creo que te comprendo, hermosa —murmuró.

—Me casaré con Amos y al mes, seré su viuda. Y su heredera, naturalmente. Heredera de todo lo que él pudiera heredar.

Effie adelantó el busto.

—Queda la hermana soltera —exclamó.

—Oh, es mayor aún que Amos. Puede sufrir un ataque cardíaco... incluso de la emoción causada por ver a su hermano casado felizmente.

Ronnie se echó a reír.

—Eres un genio, hermanita —elogió.

—Gracias. —Kathy alzó el índice—. Dudley, ponte en movimiento. Investiga a los Harper. Es posible que tengan alguna hipoteca por su granja. No será gran cosa, unos pocos miles de dólares a lo sumo. Averigua sus deudas, su capital... hasta la marca del papel higiénico que usan... si lo usan. ¿Me has entendido?

—Sí, descuida, Kathy.

—Quiero los resultados antes de una semana. A la siguiente, empezaré la conquista de Amos.

—Kathy —dijo Clint—, si enviudas de Amos, ¿no sentirás luego deseos de dejarnos con un palmo de nances?

—Si no reparto equitativamente la fortuna, siempre podréis matarme para heredarme. Pero, vamos, con sesenta millones y pico cada uno... ¿quién querría complicarse más la vida?

—Kathy tiene razón: habrá reparto —aseguró el abogado.

Echó a andar hacia la puerta.

—Os veré dentro de una semana —se despidió.

Fitzhugh abandonó la casa y subió a su coche. A los pocos instantes, oyó una voz a sus espaldas.

—Hola, Dudley.

Fitzhugh se estremeció.

—¿Qué haces aquí? —preguntó.

El hombre, que estaba sentado en el asiento posterior, emitió una risita.

—¿No te lo imaginas?

—Oye, espera un momento... Tengo que contarte algo importante...

—Hace mucho tiempo que espero. Empiezo a cansarme, Dudley. Sólo sabes dar excusas... Y los intereses del préstamo suben y suben y suben...

Fitzhugh se metió un dedo en el cuello de la camisa.

—Escucha, ahora hay mejores perspectivas.

—Eso me dijiste cuando pusiste el pleito por el testamento, pero todo quedó en agua de borrajas.

—Te aseguro que ahora no será lo mismo. Hemos descubierto que ella tiene unos parientes. No lo sabíamos...

—¿Unos parientes? Los periódicos no mencionan jamás ese dato.

—Han salido inesperadamente. Son unos paletos... Pero hemos ideado un plan que puede dar resultados en menos de dos meses.

—No me digas —se burló el otro.

—Escucha y verás si tengo o no tengo razón.

Fitzhugh habló durante unos minutos. Cuando terminó, se produjo un largo silencio.

—¿No me dices nada? —Se impacientó.

—Te doy de plazo esos dos meses —respondió el sujeto—. Afina bien la puntería, porque, de lo contrario, seré yo el que dispare.

—Hombre, no irás a matarme. Lo perderías todo...

—No, no te mataré, pero irás a la cárcel, porque esos documentos que tú sabes saldrían a relucir.

—Te aseguro que dentro de dos meses habré cancelado la deuda...

—Por tu propio bien, espero que sea como dices, Dudley.

—Sí, te pagaré... Oye, ¿a cuánto asciende el total?

—Doscientos dieciocho mil.

Fitzhugh se escandalizó.

—¡Sólo me prestaste cincuenta mil! —protestó indignadamente.

—¿Qué me dices de los intereses? —se burló el otro—. Anda, para en esa esquina.

El abogado obedeció, temblando de ira, pero sabiéndose también impotente para contrarrestar la acción del sujeto. Estaba en sus manos, reconoció amargamente, mientras lo veía alejarse a lo largo de la acera, con las manos en los bolsillos y silbando alegremente, ofreciendo el aspecto de un inofensivo transeúnte.

Por un momento, Fitzhugh se sintió devorado por la rabia y hasta pensó en matar al individuo, pero luego rectificó. Nunca podría encontrar aquellos documentos que tanto le comprometían y que podían enviarle a la cárcel si se hacía público su contenido. Sudando copiosamente, hizo arrancar el coche de nuevo.

Ahora, pensó, debía concentrarse en conocer detalles de la vida y milagros de los Harper. Era la única salida para los problemas que el afligían.

De pronto, sonrió.

Cuando todo hubiese terminado, liquidaría la deuda con aquel detestable sujeto. Y, además de Kathy, tendría los millones del viejo Thornton. Una buena parte, no todos, pero suficiente para vivir sin dificultades el resto de su vida.

CAPÍTULO IV

El cuervo aleteó vivamente y luego emitió un aviso:

—¡Tienes visita, tienes visita!

Feldon estaba sentado en el porche de la cabaña, escribiendo algo en un cuaderno de notas. Un coche se detuvo a pocos pasos y su ocupante saltó al suelo.

—Hola, Chuck —saludó.

—¡Ben! —dijo el joven—. ¿Qué te trae por aquí?

El recién llegado alzó un poco su portafolios.

—Ya he solucionado lo de tu patente —dijo—. Sólo falta tu firma al pie de media docena de papeles y, a partir de ahora, ya nadie podrá disputarte los derechos de tu descubrimiento.

—Menos mal —sonrió Feldon—. Entra en casa, Ben, y tomaremos una taza de café. ¿O prefieres *whisky* para celebrar el acontecimiento?

—Hombre, qué cosas tienes... «Judas», ¿cómo estás?

—Bien, picapleitos.

Ben Drake se echó a reír.

—Este cuervo es una maravilla —dijo—. En un circo...

—¡Ni hablar! ¡Nada de circo, nada de circo! —contestó el cuervo.

Drake meneó la cabeza y entró en la casa. Minutos más tarde, empezaba a recoger los documentos.

—Esto te valdrá unos cuantos miles, para empezar. Dentro de un año, tendrás una fortunita, Chuck. Pero te lo mereces, porque has trabajado duro.

—Gracias, aunque no debes olvidar que fueron los veinte mil dólares de la herencia del tío Albert, los que me permitieron dejar la Universidad para dedicarme por entero a mis investigaciones...

Feldon se interrumpió de pronto. Drake le miró con curiosidad.

—¿Qué te sucede, Chuck?

—Es que... al pronunciar la palabra herencia, he recordado algo... Tú, que eres abogado, ¿qué puedes decirme sobre el caso Thornton y su linda viuda?

—Oh —contestó Drake—. Fue un asunto que hizo mucho ruido en su época. Ella era la enfermera del viejo y le cuidaba abnegadamente, con absoluto desinterés. Thornton tenía unos sobrinos, cuervos de dos patas, dicho sea sin ánimo de insultar a «Judas», y estaba más que harto de ellos. Sospechaba, incluso, que habían querido envenenarle en una ocasión.

—Para heredarle, claro.

—Sí. Entonces, Thornton pensó en dejar a la enfermera toda su fortuna, pero sabía que una donación podía acarrearle dificultades después de su muerte. Por consiguiente, se casó con ella.

—Una bonita solución —comentó Feldon.

—Fue un matrimonio nominal. El viejo tenía ya ochenta y siete años y hacía diez que estaba en una silla de ruedas. Pero fue lo suficientemente astuto como para redactar un testamento inatacable, ayudado, eso sí, por uno de los mejores abogados de la ciudad, Shappleton; no sé si habrás oído hablar de él.

—Sí, un poco. ¿Y qué más?

—Los cuervos..., es decir, los sobrinos, impugnaron el testamento, por medio de un tal Dudley Fitzhugh, un abogado joven y ambicioso, cuya fama no es demasiado buena. La demanda no prosperó, eso es todo.

—Y ella fue confirmada como heredera.

—De doscientos cincuenta millones, Chuck. Una miseria, ¿verdad?

Drake lanzó una risita y agarró su portafolios.

—Me marchó —anunció—. Cómo te envidio, poder vivir aquí casi todo el tiempo...

—Ben, durante dos años, trabajé dieciocho horas al día. Ahora me tomo unas vacaciones, que durarán otro año, por lo menos. Creo que me lo tengo merecido, ¿no?

—Sí, seguro. ¡Adiós, «Judas»!

—Adiós, picapleitos —contestó el pájaro.

Drake meneó la cabeza. En la puerta de la cabaña, apoyado en una jamba, Feldon contempló el coche de su amigo que se alejaba cuesta arriba. Luego, sin saber por qué, pensó en los problemas de

Nellie.

Le gustaría ayudarla, pero no sabía cómo.

—Tendríamos que idear algo para quitarla de en medio —dijo Rosie Harper rencorosamente.

—Si la asesinásemos, ¿sabes a quién buscaría la policía en primer lugar? —contestó Amos.

—Podríamos pensar en algo interesante, ¿no te parece? Somos sus únicos parientes. Si ella muriese, toda su fortuna vendría a parar a nuestro regazo.

—Eso es cierto, pero, en todo caso, habría que hacerlo con mucho cuidado, Rosie.

—Podríamos atraerla a la granja. Hay sitio de sobra. Nadie encontraría jamás su tumba...

—No seas estúpida. Sin cadáver, no habría declaración de fallecimiento, sólo de desaparición... y pasarían muchos años antes de que se la declarase oficialmente muerta.

—Sí —convino Rosie pensativamente—. Tiene que morir, pero de forma que nadie sospeche nada.

De pronto, Amos lanzó una exclamación:

—Eh, ¿quién diablos viene?

Rosie se puso en pie. A través de la ventana, se divisaba un coche que rodaba rápidamente hacia la granja.

Un minuto después, la conductora se apeaba del vehículo. Amos la reconoció en el acto y sus dientes amarillentos aparecieron en una maliciosa sonrisa.

—Cuidado, tú —avisó Rosie hoscamente.

—Es amiga de Nellie —dijo Amos.

Y abrió la puerta para recibir a la recién llegada.

—¿Cómo están? —saludó la joven—. Soy Kathy Grove.

—Entre, señorita Grove —invitó el hombre—. Yo soy Amos Harper. Ella es mi hermana Rosie.

Kathy paseó la vista por el interior, sucio, miserable, hediondo. Seguramente, aquella pareja no conocía lo que era un baño desde que les cambiaron los pañales por última vez.

Pero puso buena cara y sonrió aduladoramente.

—¡Qué casa tan bonita y tan bien cuidada tienen ustedes! —exclamó.

Detuvo el coche y se apeó, para descargar los bultos que traía en el asiento posterior. Cargado con dos grandes bolsas, avanzó hacia la casa. Entonces vio que se abría la puerta.

—Hola —sonrió Nellie.

Feldon alzó las cejas. Ella agregó:

—Recordé el escondite de la llave. Pensé que no le importaría mi visita..., Chuck.

—Al contrario, me encanta —repuso él—. Por favor, permítame que descargue las provisiones...

—¿Me permite que le ayude?

—Claro.

Cuando todo estuvo en su sitio, ella cogió la cafetera.

—Me he permitido hacer café —dijo, a la vez que empezaba a llenar las tazas.

—Una buena idea. ¿Cómo van sus problemas?

—Parece que un poco mejor. Hace algún tiempo que no me molestan.

—¿Molestarla? ¿Cómo?

—Oh, llamadas telefónicas, anónimos... Todo obscenamente insultante, créame. Me rajaron las ruedas del coche en tres ocasiones, dejaron dos gatos ahorcados en la puerta de la casa... y hasta quisieron asesinarme, como usted sabe muy bien.

—Y todo a causa de la herencia.

—En efecto.

Feldon sacó cigarrillos.

—¿Descubrió a los autores?

—No hacía falta ser muy listo para adivinar su identidad.

—Los sobrinos del difunto Blaise Thornton.

—Sí.

—¿Fueron ellos los que pagaron al asesino?

—¿Quiénes, si no? Por cierto, no le he preguntado qué sucedió, Chuck.

—Oh, avisé a la policía; vinieron, supusieron que era un cazador que había perdido pie... Como no mencioné el ataque, no investigaron dentro de la casa. De lo contrario, habrían visto los impactos de bala.

—Celebro que haya sido tan discreto. Habría dado origen a una publicidad muy desagradable. Ya sucedió cuando murió mi

esposo...

Ella le miró fijamente.

—¿No le extraña que una chica de veintitrés años se casara con un hombre que casi le cuadruplicaba la edad? —preguntó de sopetón.

Feldon sacudió su cigarrillo sobre el cenicero.

—Tengo un buen amigo, abogado, quien me contó la historia —respondió.

—Entonces, lo sabe.

—A grandes rasgos.

—¿Y qué opina?

—Nellie, ¿por qué me lo consulta?

Ella se sentó de pronto y puso los codos sobre la mesa.

—Le diré la verdad: nunca he tenido una persona amiga a la que confiar verdaderamente. Mi existencia ha sido muy solitaria, incluso cuando estudiaba para enfermera. Recelaba de todo y de todos... y yo creo que era debido a mi niñez. Primero, en un orfanato; luego, en casa de unos parientes, para los cuales era yo otro animal más en la granja... Pero creo que ya los conoce.

—Sí; aunque hablé muy poco con ellos, tengo la impresión de haberme dado cuenta de la clase de personas que son.

—Una pareja realmente odiosa. Quizá por esa razón me sentía después tan solitaria...

—¿Cómo se convirtió en la enfermera de Thornton?

—Bien, pese a todo, mis informes resultaron buenos y el abogado de mi esposo me eligió a mí, entre unas cuantas aspirantes.

—¿Estuvo mucho tiempo en casa de Thornton?

—Casi cuatro años. Luego... nos casamos y a los tres meses, falleció.

—Y los sobrinos no se conformaron con el testamento.

—Se han convencido de que no tienen nada que hacer.

—Tal vez por eso querían quitarla de en medio.

—Es una estupidez. Si yo muero, toda la fortuna irá a parar a instituciones benéficas.

Feldon sonrió.

—El viejo se burló de ellos —dijo.

—Sí —admitió Nellie—. Y dejando de lado que yo sea la heredera, hablando con imparcialidad, se lo tienen más que

merecido.

—No me cabe la menor duda.

Nellie se esforzó por sonreír.

—Chuck, ¿vive aquí continuamente?

—Casi —repuso él—. Ahora estoy pasando unas vacaciones. Me convenía descansar; he trabajado durante dos años hasta llegar al borde del agotamiento. Durante unos cuantos meses, no pienso hacer nada más que comer, dormir, pasearme por el campo...

«Judas» entró en aquel momento. Nellie acarició su lomo.

—Hola, bonita —saludó el cuervo.

—Es hora ya de que le dé de comer —dijo Feldon, a la vez que se ponía en pie.

Momentos después, volvía con un poco de carne picada en un plato. «Judas» la devoró rápidamente. Al terminar dijo:

—¡Menudo banquetazo!

Nellie se echó a reír.

—Parece un ser inteligente...

—Le enseñé un comentario para cada situación —explicó Feldon—. Oiga, Nellie, a poco más de un kilómetro de aquí hay una cascada muy bonita. ¿Le gustaría verla?

Ella se puso inmediatamente en pie.

—Vamos, Chuck.

El lugar le agradó mucho a la joven. Al pie de la cascada había un estanque de varios metros de anchura, que desagaba por un arroyo de espumeantes aguas, el cual se perdía en un cauce serpenteante, entre álamos y otros árboles, muy abundantes en aquel paraje.

—Es maravilloso —dijo, arrobada, con las manos juntas.

—Sí, un sitio precioso. Un día, tal vez, podré comprarlo.

—¿Cómo? ¿No es suyo?

Feldon negó con la cabeza.

—Mi propiedad es muy pequeña —contestó—. Y, por ahora, necesito el dinero para vivir.

—Comprendo. —Nellie suspiró—. Lástima, de haberlo sabido, me habría traído el bañador...

—Si tanto le agrada, me retiraré para que pueda bañarse. Yo lo hago a veces, aunque la distancia me da mucha pereza.

—No, otro día —contestó ella—. Ahora tengo que marcharme.

—Muy bien, como guste.

Regresaron sin prisas. Cuando divisaban la casa, Nellie se volvió y le miró con ojos resplandecientes.

—Chuck, voy a confesarle una cosa: hacía muchísimo tiempo que no lo pasaba tan bien —dijo.

—Lo celebro, Nellie. Pienso que necesitaba aliviar su tensión anímica. Si la he ayudado un poco, me alegro infinito.

—Gracias, Chuck.

Nellie puso una mano en el brazo del joven.

—Creo que empiezo a considerarle como un buen amigo —añadió.

Feldon sonrió, pero no dijo nada.

Cuando llegaban a la casa, vieron un coche que se alejaba rápidamente por el camino que conducía a la autopista. El automóvil desapareció a los pocos instantes al otro lado de la loma.

—¿Quién era, Chuck?

Feldon arrugó el entrecejo.

—No lo sé —contestó—. No esperaba a nadie..., pero creo que lo mejor será que la acompañe hasta la autopista.

—Sí, se lo agradeceré.

Feldon regresó una hora más tarde a la cabaña, profundamente preocupado por la visión del automóvil sospechoso. Recelando algo poco agradable, registró la casa a fondo, sin encontrar nada que pudiera alarmarle.

«Judas» debía de estar revoloteando por los campos vecinos; de lo contrario, habría atacado al intruso, pensó. Pero, de súbito, recordó que había un lugar que aún no había revisado.

Fue al garaje. La puerta estaba entreabierta. Aunque la cerradura no había sido forzada, Feldon supo en el acto que alguien había entrado allí durante su ausencia.

Abrió con grandes precauciones. Todo parecía en orden. Pero en su interior, se sentía terriblemente aprensivo.

Recorrió el garaje paso a paso, dando la vuelta en torno al coche. De pronto, divisó algo en el suelo.

Agachándose, cogió aquel objeto con dos dedos. Era un trozo de cable conductor, no más largo de tres centímetros.

El cable estaba fuera de lugar. Feldon no había hecho ninguna reparación desde hacía mucho tiempo.

Súbitamente, arrodillado como estaba, terminó de agacharse y miró debajo del coche. Entonces fue cuando vio el paquete de cartuchos de dinamita, situado bajo el motor y conectado al arranque eléctrico.

Había otro paquete análogo junto al tanque de la gasolina. De ese modo, el incendio, del coche habría resultado inevitable.

Feldon sintió que el sudor le corría en largos regueros por las mejillas. Mientras desconectaba los explosivos, empezó a pensar que, en lo sucesivo, tendría que moverse con los ojos muy abiertos.

«Y cerrar uno solo para dormir», remató sus poco consoladoras reflexiones.

CAPÍTULO V

El hombre jadeaba y gruñía bestialmente. Mientras soportaba el lascivo acoso de Amos, Kathy, convertida ahora en la señora Harper, pensaba que el tormento no iba a durar demasiado tiempo.

Amos apestaba horriblemente. Ni siquiera el baño que ella le había obligado a tomar había podido eliminar el olor acumulado en su cuerpo velludo durante infinidad de tiempo. Por fortuna, su relación conyugal con aquel repulsivo individuo no iba ser muy larga.

De pronto, Amos se venció, agotado momentáneamente. Todavía encima de la joven, eructó.

Kathy no lo pudo soportar más y lo apartó a un lado. Desnuda como estaba, corrió hasta el baño y vomitó. Durante unos momentos, su hermoso cuerpo fue recorrido por fuertes espasmos. Luego, poco a poco, consiguió tranquilizarse.

Por unos momentos, había sentido la tentación de asesinarlo allí mismo, en el cuarto del hotel, en donde estaban pasando la primera noche de novios. Hizo un esfuerzo y consiguió dominarse.

Aquel repugnante sujeto valía doscientos cincuenta millones de dólares. Pero tenía que vivir todavía algún tiempo.

Primero debía morir su hermana. Aunque Rosie parecía haberse mostrado opuesta en los primeros momentos, luego había cedido y hasta se había alegrado de emparentar con una familia distinguida. En la boda se había sentido sumamente conmovida.

—Dadme pronto un sobrinito —había pedido gimoteando de alegría, al finalizar la ceremonia, lógicamente, muy íntima, y a la que sólo habían asistido dos amigos de los Harper, un matrimonio vecino, y los cuatro Grove, además del abogado Fitzhugh.

También había aparecido por allí, aunque sin tomar parte en las celebraciones, Eric Leadhill. Aún se estaba preguntando Kathy a qué había ido Leadhill a la iglesia. El sujeto se había marchado, apenas

los novios hubieron pronunciado los síes de rigor.

Pero no le importaba demasiado. Lo que sí interesaba realmente era que Rosie desapareciese cuanto antes de este mundo.

La emoción había sido muy intensa para la hermana de su flamante esposo. ¿A quién le extrañaría que Rosie muriese de un ataque al corazón?

Regresó al dormitorio y miró despectivamente a Amos. El señor Harper dormía boca arriba, roncando atronadoramente.

Kathy sonrió, mientras se contemplaba de reojo al espejo cercano.

—¿Cuándo has tenido una mujer como yo? —murmuró, orgullosa de su físico.

Pensó en Rosie, aquella escoba con faldas. Si hubiera sido más agraciada, uno de sus dos hermanos, Clint o Ronnie, habrían intentado conquistarla, para asegurar así el plan trazado.

Pero un matrimonio con Rosie podía haber levantado ciertas sospechas, lo que no sucedía en el caso contrario. Amos merecía ser el esposo de una mujer tan hermosa.

Por tanto, Rosie debía morir.

Rosie dormía en aquellos momentos, a unas ciento cincuenta millas de distancia. Después de regresar a su casa, tras la ceremonia, se había permitido el lujo de tomarse un par de copitas de aguardiente.

Su sueño era muy profundo; por ello no oyó los ladridos del perro que cuidaba de la casa. El can, sin embargo, se calló muy pronto, cuando alguien le arrojó un buen trozo de carne.

El intruso avanzó cautelosamente hacia el edificio en sombras. Tanteó la puerta. Los Harper eran muy confiados, sonrió en las tinieblas, mientras hacía girar el picaporte cuidadosamente.

Una vez en el interior de la casa, extrajo del bolsillo una diminuta linterna, cuyo foco protegió con la mano izquierda, a fin de obtener la luz suficiente para evitar tropezones inoportunos. Así pudo llegar sin dificultad al dormitorio de la solterona Rosie Harper.

Ella dormía profundamente. El intruso se acercó a la cama, tras guardar la linterna. Antes de que Rosie pudiera percatarse de su presencia, le quitó la almohada que tenía bajo la cabeza. Un segundo después, se arrojó sobre ella y le tapó la cara.

Rosie empezó a patalear. El intruso cabalgó a horcajadas sobre su cuerpo, manteniendo la presión firmemente. Al cabo de unos momentos, los movimientos de Rosie se hicieron más débiles. Finalmente, cesaron por completo.

El asesino permaneció todavía un buen rato en la misma postura. Casi media hora más tarde, descabalgó y encendió la luz.

Arregló la cama, para borrar en las ropas todo signo de violencia. La cabeza de la víctima quedó de nuevo sobre la almohada. Nadie creería que Rosie no había fallecido de muerte natural.

El perro no hizo el menor gesto hostil cuando salió. La carne tenía un ligero sedante, suficiente para dormirle una hora. Cuando despertase, volvería a la vida de un modo enteramente normal.

Minutos más tarde, el asesino subía a su coche, que había estacionado a prudente distancia, en el principio de una pendiente, por la que rodó silenciosamente, antes de dar el contacto. Nadie, por tanto, oyó el ruido del motor y pudo escapar sin que su presencia fuese advertida.

Feldon oyó el ruido del coche y suspendió la lectura del libro que tenía en las manos, para levantarse y dirigirse hacia la puerta. Sin saber por qué, esperaba que fuese Nellie Thornton; pero se llevó un buen chasco al ver que el recién llegado le resultaba perfectamente desconocido.

Era un hombre todavía joven, de menos de cuarenta años, vestido de negro, con camisa blanca y corbata también negra. A Feldon le pareció en el acto una especie de clérigo, perteneciente a alguna congregación.

—¿Doctor Feldon? —dijo el sujeto.

—En efecto...

—Soy Leadhill, Eric Leadhill, gerente general de la Fundación Carthmile. ¿Puedo hablar unos minutos con usted, doctor?

—Estoy a su disposición, señor Leadhill. Entre, por favor.

—Muchas gracias.

Leadhill traía en la mano un portafolios, que depositó sobre la mesa. Cuando el joven le indicó un asiento, él lo rechazó con un cortés movimiento de cabeza.

—Muchas gracias, pero voy a robarle muy poco de su tiempo, doctor —manifestó—. Además, lo que voy a decirle no le gustará en

absoluto —añadió jovialmente.

—¿Va a anunciarme una catástrofe apocalíptica? —preguntó Feldon de buen humor.

—Algunas personas lo consideran así, cuando les expreso mi petición —dijo Leadhill—. Doctor, la Fundación es una entidad benéfica que se dedica principalmente, al cuidado de los ancianos sin recursos, a los que alojamos en nuestros edificios y de quienes cuidamos en todos los sentidos. Tenemos una magnífica clínica, en donde se aplican los principios más actuales de la ciencia gerontológica y... Bien, le dejaré un folleto, para que se entere usted de nuestras actividades y pueda juzgar en consecuencia.

—A mi entender, son unas actividades muy elogiosas, señor Leadhill —dijo el joven.

—Muchas gracias, doctor. —Leadhill abrió el portafolios, extrajo un librito y lo dejó sobre la mesa—. Aquí tiene el folleto...

—Oiga, hasta ahora no me ha dicho nada desagradable.

—Lo sabrá al llegar a la última página, que puede recortar y enviárnosla, acompañándola de un cheque por la cantidad que le sea posible. Andamos un poco cortos de recursos y por ello hemos de recurrir a la caridad de las personas de buen corazón. Cuando haya leído el folleto, estará en condiciones de tomar una decisión... y el Señor recompensará su donativo, por exiguo que sea. Muchas gracias, doctor.

—No se merecen...

—Tan sólo el tiempo que ha perdido conmigo merece la eterna gratitud de la Fundación. No se precipite en la decisión, medítela bien y cuando lo crea oportuno, envíe su donativo.

—Lo procuraré —respondió Feldon.

Leadhill le hizo una cortés inclinación de cabeza y salió de la casa con paso rápido. Una vez en el coche, levantó la mano, dio el contacto y arrancó de nuevo.

Feldon suspiró.

—Un pedigüeño más, de los que abundan en este mundo —calificó.

—No hemos encontrado el menor rastro —dijo el teniente Sharboe, de la policía.

Sentado en el taburete, Feldon agitó el palillo que sujetaba la aceituna de su Martini.

—Había dinamita suficiente para enviarme a mil metros de altura —murmuró.

—Lo sé —respondió el policía, buen amigo de Feldon—. Pero ni siquiera hemos podido encontrar una sola huella dactilar, aparte de las tuyas. En cuanto al origen del explosivo... El país es muy grande y han podido comprarlo en cualquier parte. Chuck, dime, ¿tienes enemigos?

—El único, pero sólo en el terreno científico, es Harmon Fiske. No le creo capaz de matarme, por el simple hecho de haber refutado sus teorías científicas. Ciertamente que hizo un desairado papel, pero de ahí a querer matarme, va un abismo.

—Nunca se sabe —dijo Sharboe sentenciosamente—. Si le pusiste en ridículo, pudo concebir la idea del asesinato. La dinamita es muy propia de un científico despechado, infinitamente más que el cuchillo o el revólver.

—Quizá —convino Feldon, pensativamente.

—Investigaremos en esa dirección, te lo prometo. De todos modos, si notas algo extraño, llámame en seguida.

—Descuida, Hal.

De pronto, un hombre entró en el bar donde los dos amigos tomaban una copa. Feldon arqueó las cejas al reconocer a aquel sujeto.

—Dispensa un minuto, por favor.

Levantándose del taburete, se acercó al recién llegado.

—¿Señor Leadhill?

El interpelado se volvió.

—Ah, es usted, doctor Feldon —exclamó—. Cuánto celebro verle... ¿Puedo serle útil en algo?

—Al contrario, yo le voy a ser útil a usted. Mejor dicho, a su Fundación. —Feldon sonrió, a la vez que sacaba su billetera—. Tomé una decisión y quiero contribuir con mil dólares. Aquí tiene el cheque, señor Leadhill.

—Adiós, doctor.

Feldon regresó junto a su amigo, a quien encontró con la cara pegada a un periódico.

—¿Alguna noticia de importancia, Hal? —se extrañó.

—No, Chuck. Es que no quiero que me reconozcan. Disimula, por favor.

Feldon entendió que su amigo había visto algún maleante. Como policía, debía de conocer a cantidad de tipos en desacuerdo con la ley, dedujo de inmediato.

Minutos más tarde, Sharboe plegó el periódico.

—Chuck, ¿de qué conoces tú a ese tipo? —inquirió.

Feldon respingó.

—¿Por qué lo preguntas? No es un delincuente, me parece...

—Lo fue, en tiempos, aunque ahora parece haberse regenerado —declaró Sharboe—. Por el contrario, me pareció prudente evitar que me viese. ¿Le has dado algo?

—Sí, mil dólares para la Fundación Carthmile, de la que es gerente general... Oye, no irás a pensar en una estafa, ¿verdad? Tengo un folleto sobre esa Fundación y me parece una institución completamente legal.

Sharboe se frotó la mandíbula vigorosamente.

—La Fundación sí es algo legal. No diría tanto de su gerente general... aunque bien es cierto que conviene conceder un cierto margen al delincuente que asegura haberse regenerado —contestó.

—Me dejas muy preocupado, Hal —se quejó el joven.

—Es probable que Leadhill sea sincero. A fin de cuentas, hace cinco años que no tenemos noticias tuyas y puede que haya pensado que le conviene más seguir la senda recta. —Sharboe palmeó la espalda de su amigo—. Tengo que dejarte, Chuck —se despidió.

Feldon quedó en el mismo sitio, contemplando su copa con ojos pensativos. Estuvo así unos momentos y, de repente, se le ocurrió una idea.

CAPÍTULO VI

La doncella, adecuadamente ataviada, tomó la tarjeta que le tendía el visitante e hizo un gesto afirmativo.

—Ahora mismo le anunciaré a la señora —dijo.

La voz de Nellie sonó en aquel instante.

—No es necesario, Clarissa —dijo—. Yo atenderé al doctor Feldon.

—Está bien, señora.

Nellie avanzó hacia el joven.

—De verdad, lo que menos esperaba era su visita, Chuck —dijo alegremente—. ¿Cómo se le ha ocurrido...?

—He tenido que venir a la ciudad, por unos asuntos, y me pareció que sería oportuno hacerle una visita. Espero no haberla molestado.

—Al contrario, me encanta. Venga conmigo; tomará una taza de café.

—Será un placer.

La casa era enorme, con un lujo como Feldon no había visto nunca. Se notaba que había pertenecido a un hombre de inmensa fortuna.

Nellie tiró de un cordón, situado junto a una puerta, y la doncella apareció a los pocos instantes.

—Clarissa, sírvanos café en la salita, por favor.

—Sí, señora.

Nellie se volvió hacia el joven.

—¿Cómo está «Judas»? —preguntó.

—Oh, es un granuja... Se pasa el día volando, persiguiendo a sus presas... y, naturalmente, viniendo a pedir su comida a las horas convenidas.

—Nunca había visto un animal tan simpático, Chuck.

—Necesita menos cuidados que un perro...; aunque, a veces,

pienso que un mastín habría evitado lo que me sucedió hace un par de semanas.

—¿Qué ocurrió? —quiso saber ella.

Feldon se lo explicó sucintamente. Nellie se horrorizó al conocer el suceso.

—¿Tendrá alguna relación con los disparos que me hicieron? —exclamó.

La doncella entró en aquel momento con el servicio de café y se retiró en seguida. Nellie llenó la taza de su visitante.

—No lo sé, aunque resulta sospechoso —respondió Feldon, al quedarse solos nuevamente—. Claro que puede tratarse de Fiske...

—¿Quién es Fiske?

—Los científicos, a veces, somos muy ruines, sobre todo, cuando alguien nos pone en ridículo. Fiske sufrió una severa derrota, merced a cierto artículo mío... y sé que es rencoroso y muy orgulloso. Pudo ser él, pero, claro, no tenemos pruebas. De todas maneras, la policía se ocupa ya del asunto.

Feldon sonrió.

—En fin, dejemos mis problemas —añadió—. ¿Sigue usted con los suyos? ¿Ha mejorado su situación?

—Llevo una temporada muy pacífica —respondió la joven—. Sin embargo, hay algo que me preocupa enormemente.

—¿De qué se trata, Nellie?

—Una de las sobrinas de mi futuro esposo, Kathy, se casó con Amos Harper. Es un matrimonio absolutamente disparatado... en apariencia.

—¿Por qué?

—Kathy es distinguida, refinada..., aunque tenga los sentimientos de un caimán hambriento. Amos es rudo, grosero, desagradable, rastrero... y veinte años mayor que ella. La granja vale cuatro dólares y no se puede hablar de un matrimonio por dinero, mucho menos por amor.

—Entonces, por interés.

—Exactamente.

—¿Acaso los Harper han encontrado petróleo en sus tierras? —preguntó él, sonriendo.

—No, nada de eso. Pero Rosie murió de un ataque al corazón, la misma noche de la boda. Amos, como es lógico, heredó su parte de

la granja, que ahora le pertenece en su totalidad.

—Lógico.

—Pero Amos es mi único pariente, por muy remoto que sea ese parentesco... y si falleciese, Kathy sería heredera de cuanto él hubiese podido heredar. Al convertirse en la señora Harper, es ahora también familiar mío. ¿Lo entiende, Chuck?

Feldon asintió, preocupadamente.

—Sí, lo comprendo —respondió—. Pero Amos sigue vivo...

—¿Por cuánto tiempo? —exclamó Nellie.

—¿Por cuánto tiempo he de seguir viviendo con ese repugnante sujeto? —exclamó Kathy Grove exasperadamente.

—Calma, hermanita —dijo Clint—. Todavía es temprano para hacer nada.

—Debes tener paciencia —recomendó Ronnie.

—Y soportar a tu esposo —agregó Effie.

—Soportar a esa bestia de dos patas... Huele a pocilga, eructa como un bárbaro... Si tuvieses que soportarle tú, Effie, pensarías de otro modo muy distinto —dijo Kathy.

—La idea fue tuya, de modo que no debes quejarte —expresó Clint.

—Un poco más de paciencia —aconsejó Ronnie—. Son sesenta millones para cada uno, no lo olvides. Vale la pena esperar.

—Cuando bebe... Ahora no tiene a su hermana, que le sujetaba casi con una cadena y un látigo. Casi todas las noches se emborracha...

Dudley Fitzhugh, silencioso hasta aquel momento, levantó la mano.

—Has dicho que bebe, Kathy.

—Como un cerdo —contestó la joven exasperadamente—. Se está desquitando de los días en que su hermana se lo prohibía...

—¿Y no haces nada para impedirselo? —preguntó Effie.

—Al contrario; así se duerme antes y no me molesta...

Fitzhugh hizo un nuevo ademán.

—Kathy, creo que has dado en el clavo al decir que tu marido se emborracha casi a diario —dijo—. Sigue así un par de semanas, procura aguantarlo como puedas... y coméntalo en la vecindad. Comenta también que ahora se está desquitando de las privaciones a que le sometía su hermana y que tú te sientes impotente para

curarle de ese vicio. ¿Has entendido?

Los ojos de Kathy chispearon.

—Sí —contestó.

—Un par de semanas más —repitió el abogado—, y todos tus problemas estarán solucionados, te lo aseguro.

Fitzhugh se marchó a poco y no le extrañó en absoluto saber que tenía un pasajero en el coche.

—Estabas aguardándome —dijo.

—¿Cómo van los asuntos? —preguntó el otro.

—Inmejorablemente.

—No trates de engañarme...

—No trato de engañarte, al contrario. Lo que quiero es que cobres, pero para ello es preciso que me ayudes.

—¿Otra vez?

—Sí. Necesito que prepares un accidente de automóvil.

Hubo un momento de silencio. Al fin, el pasajero preguntó:

—¿Cuándo?

—Dentro de un par de semanas, aproximadamente. Ya te indicaré la fecha exacta. Pero tienes que hacerlo a la perfección. Si se descubre que no fue un accidente...; bueno, podrás matarme, pero no cobrarás jamás. ¿Has comprendido?

—Dudley, a veces pienso que me utilizas como una marioneta y me hacer bailar al son de la música que a ti te gusta —gruñó el otro sujeto.

Fitzhugh se echó a reír.

—La música que me gusta y la que te gusta a ti, son la misma: el tintineo de las monedas. O, si lo prefieres, el crujido de los billetes de Banco. ¡Es la mejor música del mundo!

Cuando regresaba a su cabaña, Feldon lanzó una ojeada al indicador de la gasolina y decidió que sería conveniente llenar el tanque. A los pocos kilómetros, divisó una estación de servicio y arrimó el coche a uno de los postes.

—Llénelo, por favor, mientras tomo un café en el bar —indicó al mozo.

—Está bien, señor.

Feldon se encaminó a la cafetería. Su cabaña estaba a una docena de kilómetros escasos, en el fondo del valle que se divisaba desde el parador. La carretera, al descender, serpenteaba entre las

lomas cubiertas de verdor y en las que ya se divisaban algunos árboles que amarilleaban al final del verano.

Entró en el local. Junto al mostrador, había una pareja que discutía violentamente. Feldon respingó al reconocer a Harper y a Kathy.

Harper estaba muy bebido, evidentemente. Kathy parecía sentirse furiosísima con él.

—No tomes un trago más, Amos...

—Déjame, estúpida... Camarero, otro doble de *whisky*...

—¡No se lo sirva! —gritó la joven.

Harper se volvió y le asestó un bofetón, que la tiró por tierra. Kathy gritó.

—Así aprenderás a saber quién es el que manda —dijo Harper trabajosamente—. Mozo, ¿viene esa copa o tendré que asaltar el bar yo mismo?

—Señor —dijo el camarero—, le conviene más café...

—Hijo de perra, si vuelves a hablarme así...

Feldon se creyó en la obligación de intervenir.

—Señor Harper, no beba más —aconsejó cortésmente.

El granjero se volvió y le escupió a la cara.

—Fuera, estúpido...

De pronto, pasó al otro lado del mostrador, agarró una botella y salió de nuevo. Al pasar, lanzó unos billetes sobre la barra.

—Quédate la vuelta, idiota —farfulló.

El camarero se sentía furioso.

—Voy a llamar a la patrulla de carreteras —exclamó—. Ese hombre, en su estado, es un peligro público.

Feldon había ayudado a la joven a ponerse en pie.

—Parece que no ha resultado un matrimonio acertado —comentó.

Kathy se alisó la falda.

—Un error, un tremendo error —contestó—. Pensé que me gustaría la vida de granjera, pero ahora me doy cuenta de que soñaba.

—Oiga, no es que me importe, ya que se trata de un asunto muy personal y, además, no quisiera pasar por un tipo con orgullo, pero me parece que el señor Harper no es para una mujer de su clase —comentó el joven, intencionadamente.

—Tiene cualidades que nadie conoce, pero se ven oscurecidas por su inmoderada afición a la bebida —respondió Kathy—. No conté con esto, simplemente.

—Sí, el errar es humano —filosofó Feldon—. ¿Me permite que la acompañe hasta el coche?

—Gracias, señor Feldon.

—Llámeme Chuck, mujer.

Salieron juntos de la cafetería y cruzaron la explanada. Harper, haciendo eses, se acercaba ya a su coche.

Kathy lanzó un grito:

—¡Amos, no puedes conducir en tu estado!

—Déjame, estúpida...

Harper se llevó la botella a la boca y bebió largamente. Puso el tapón con dedos inseguros y se sentó tras el volante.

—Espera, Amos...

El hombre hizo un obsceno ademán.

—Ven andando a casa —rió.

Accionó el contacto. Kathy corrió hacia el coche, pero su esposo arrancaba ya, pisando el acelerador a fondo.

—¡Se va a matar! —chilló.

Un enorme camión de transporte llegaba en aquel instante a toda velocidad. Harper salía ya del estacionamiento y no se apercibió de la mole que se le echaba encima.

Había gente en la estación de servicio y se oyó un alarido unánime. El coche de Harper quedó cruzado un instante sobre la carretera. El conductor del camión pisó el freno, pero ya era tarde.

Se oyó un terrible estruendo. El coche de Harper voló, como si hubiera sido una simple pluma. Su techo se desprendió y Harper fue despedido a enorme distancia, volteando aparatosamente en el aire. Sus brazos y piernas se agitaban de un modo siniestro. Cayó al suelo, resbaló unos metros, mientras su coche daba espantosos tumbos, ya fuera de la carretera, y quedó inmóvil. Una fracción de segundo después, las ruedas del camión, que apenas si había podido reducir su marcha, pasaron por encima de aquel despojo humano.

Las rodillas de Kathy se doblaron. Feldon apenas si tuvo tiempo de evitar que se cayera. No fue la única mujer que se desmayó al presenciar aquel horrible espectáculo.

Feldon levantó a la joven y la llevó a la cafetería. La cabeza de

Kathy pendía inanimada y se agitaba con los movimientos del hombre que la sostenía en sus brazos. El joven pensó que, aunque accidentalmente, los presentimientos de Nellie Thornton se habían hecho realidad.

CAPÍTULO VII

—¡Tienes visita! —anunció «Judas».

Feldon dejó el libro a un lado y salió a la puerta. Nellie saltó de su coche y se le acercó con la sonrisa en los labios.

—Esto tiene otro aspecto, Chuck —observó.

—Estamos en pleno otoño y ya caen las hojas —respondió él—. Más adelante, nevará y todo se volverá blanco. Pero, inevitablemente, llegará la primavera... Entre y tome algo caliente —invitó.

—Hola, guapa —dijo el cuervo.

—«Judas», te adoro —rió ella.

—Gracias, guapa.

Feldon sonrió y dejó que la muchacha pasara delante de él. Nellie se quitó el chaquetón que cubría su cuerpo, lo dejó a un lado y se acercó a la chimenea, en la que ya ardía un buen fuego.

—Este lugar es maravilloso —suspiró—. Tanta paz, tanto silencio... Es verdaderamente reconfortante, créame. ¿Cómo se le ocurrió construirse aquí esta cabaña, Chuck?

—La idea no fue mía, sino de mi tío Albert, de quien la heredé, junto con unas cuantas hectáreas de terreno y algunos miles de dólares, que me permitieron dedicarme durante dos años a mis investigaciones, sin tener que preocuparme por el dinero. Como trabajé en exceso, pensé, una vez terminada la tarea, que me convendría una temporada de descanso absoluto.

—Y se vino aquí.

—Sí, era el mejor lugar. Francamente, no me apetecía viajar. Aparte de ello, continuó estudiando y haciendo cálculos... La patente de mi descubrimiento me producirá unos ingresos muy saneados.

Feldon preparó las tazas y fue a la mesa con la bandeja en las manos.

—¿Qué es lo que ha inventado usted, Chuck? —quiso saber ella.

—Bueno, así, a bocajarro... Sería muy difícil de explicar, si lo hiciera con todo detalle, pero puedo decirle que se trata de algo referente a efectos luminosos, refracción de la luz y demás.

—Y eso, ¿tiene alguna utilidad?

—¡Ya lo creo! Puede ser muy útil para estudiar ciertos detalles del cuerpo humano... o cualquier cosa que pueda ser objeto de investigación científica, mediante la fotografía, que luego se aumenta, si resulta conveniente, y se proyecta en una pantalla, proporcionando una imagen en relieve absolutamente real y ello sin ayuda de gafas especiales ni otros adminículos. Sirve también para filmaciones y, como es lógico, tiene grandes aplicaciones en microfotografía...

—Es decir, se podrán ver los bacilos en relieve, por ejemplo.

—Exactamente. —Feldon se sentó frente a la muchacha y el cuervo vino a posarse sobre su hombro—. Nellie, usted no ha venido aquí hoy solo por pasar unos minutos agradables, ¿verdad?

Ella removió el azúcar de su taza.

—Tiene razón —convino.

—Usted lo presintió. Kathy se ha quedado viuda.

—Fue un accidente. No se la puede culpar de nada.

—En efecto, no se la puede culpar. Yo estaba presente cuando sucedió.

Nellie se asombró al oír aquellas palabras.

—¿Usted?

—Sí. Fue una coincidencia. Regresaba a casa y me paré para poner gasolina y tomarme una taza de café. —Feldon relató detalladamente lo que había presenciado aquella trágica tarde—. Ella se desmayó, y a mi estuvo a punto de pasarme lo mismo. Fue algo horripilante, créame.

—En todo caso, lo ha conseguido, Chuck.

Feldon la miró de soslayo.

—¿Cree que intentarán atentar contra usted?

—Lo presiento —respondió Nellie a media voz.

—Bien, en tal caso..., ¿por qué no contrata guardaespaldas?

—No —rechazó ella la idea—. No podría.

—¿Por qué?

—¿Cómo saber si ese guardaespaldas no había sido comprado

por los Grove? Aún me sentiría más aprensiva luego.

Feldon se acarició el mentón.

—En tal caso, sólo hay una solución —dijo.

—¿Cuál? —preguntó Nellie.

—Desaparezca una temporada. Anuncie un viaje a Europa y váyase a Sudamérica, por ejemplo. Con el tiempo, acabarán cansándose...

—No; son muy tenaces. Esperarían un año... o serían capaces de ir a buscarme, dondequiera que me encontrase.

—Sí, creo que tiene razón —murmuró Feldon—. A veces, tener demasiado dinero resulta inconveniente.

—Es una carga muy pesada, Chuck. Y yo no la busqué.

—Pero la soporta y no debe desprenderse de ella. Es suya, le pertenece, y nadie tiene derecho a disputársela.

Nellie se esforzó por sonreír.

—Gracias por sus palabras, Chuck. Ahora me siento un poco mejor.

—Lo celebro.

Ella se puso en pie.

—Venga a verme algún día —solicitó.

—Lo procuraré —sonrió él.

—Por ejemplo... el domingo. Podemos almorzar juntos. ¿Vendrá, Chuck?

Feldon miró un instante a su bella interlocutora. Era una mujer que se sentía muy sola. Necesitaba compañía.

—Iré —prometió.

—Bien, te has quedado viuda y eres la heredera de cuánto poseía Harper —dijo Clint, el mayor de los hermanos—. ¿Cuáles son tus planes, querida hermanita?

Kathy estaba sentada en un butacón y jugueteaba distraídamente con un abrecartas.

—Voy a esperar algunos días. Me han hecho una propuesta de compra de las propiedades de Amos.

—¿Te ofrecen mucho? —inquirió la otra hermana, Effie.

—Una miseria, doce mil dólares.

—Hombre, pues no está tan mal, por un mes de matrimonio —rió Clint.

—A cuatrocientos dólares diarios. Es un buen salario —comentó

Ronnie burlonamente.

—La ventaja de todo esto es que no tenemos que preocuparnos de una posible investigación sobre el accidente —intervino Fitzhugh, el abogado—. Decenas de personas lo vieron. Amos estaba completamente borracho. Además, el mozo del bar declaró que se encontraba en un estado de absoluta inconsciencia a causa del alcohol. Ahora es cuando debemos preocuparnos de otra cosa.

—¿Por ejemplo? —preguntó Effie.

—Nellie Thornton.

Hubo un instante de silencio. Luego Clint dijo:

—¿Cuándo?

—Dejemos pasar un par de semanas. Pero antes, sin embargo, quiero pedir una cosa.

—A ver, habla —pidió Effie.

—Se trata de mis honorarios. Es algo que no hemos discutido todavía. Y creo que no debemos dejar pasar más tiempo, sin puntualizar este extremo tan importante.

Ronnie le miró de frente.

—¿Cuánto pides? —inquirió.

—Cada uno de vosotros me dará un millón.

—Cuatro millones.

—Exacto.

—Está bien, aceptamos —dijo Kathy.

Los ojos del abogado se volvieron hacia Effie.

—Tú no has dicho nada —le reprochó.

Effie se encogió de hombros.

—Me atengo a lo que decida la mayoría —contestó.

—Gracias. Prepararé el asunto, para que todo salga bien y no se produzcan conflictos —dijo Fitzhugh.

Agarró el portafolios y se encaminó hacia la puerta. Effie se puso en pie.

—Voy al baño —anunció.

Pero lo que hizo fue salir por la puerta trasera y reunirse con el abogado en el exterior.

—Dudley.

—¿Sí? —murmuró Fitzhugh.

—Somos cuatro. Cuatro es una muchedumbre.

Fitzhugh sonrió, mientras recorría con la vista el opulento

cuerpo de la joven.

—¿Por qué no vienes esta noche a mi apartamento y lo discutimos con toda tranquilidad? —sugirió.

—En los intervalos, ¿no? —sonrió ella.

—Justamente.

—Iré a las nueve.

—No me falles, encanto.

—No fallaré, Dudley.

Terminó el café y se retrepó en la silla.

—He comido como hacía mucho tiempo que no me daba este placer —confesó Feldon.

Nellie sonrió.

—Celebro que le haya gustado. He cocinado yo. Estoy sola en la casa.

Feldon arqueó las cejas.

—¿Sola ha dicho?

—Sí, Chuck.

—Tiene servidumbre, creo.

—Es su día de fiesta.

—Eso no me gusta, Nellie.

—Tampoco a mí, pero ¿qué podía hacer? No iba a retenerles aquí...

—¿Cuántas personas tiene a su servicio?

—Tres. El mayordomo, la cocinera y una doncella.

—¿Y todos han tenido que salir al mismo tiempo?

—La doncella tenía que haberse quedado, por turno, pero me pidió permiso para visitar a una hermana enferma —respondió la joven.

Feldon arrugó el entrecejo.

—Eso no me gusta —repitió.

—¿En qué piensa, Chuck? —inquirió ella.

Feldon se puso en pie y miró a todas partes. Durante unos momentos, sólo hubo silencio en la mansión.

—No me gusta —volvió a decir.

—Pero, Chuck...

—Aguarde un momento.

Feldon atravesó el comedor y abrió la puerta que daba al gran vestíbulo. Todo parecía normal, en completo orden. Estuvo así unos

instantes y, de pronto, se dirigió al piso superior.

Intrigada, Nellie le siguió. Feldon llegó ante una puerta y miró a la muchacha. Ella comprendió el sentido de aquella muda pregunta y movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, es mi dormitorio —confirmó con un bisbiseo.

Feldon asió el tirador y lo hizo girar muy lentamente. De súbito, abrió la puerta, haciéndola girar con violencia.

La puerta chocó contra algo. Se oyó un gruñido.

Nellie chilló. Feldon irrumpió en el dormitorio.

Algo le golpeó en la sien, haciéndole vacilar. Instintivamente, se defendió, alargando el puño. El intruso se tambaleó y, de súbito, dio media vuelta y echó a correr hacia la ventana.

—¡Alto! —gritó el joven.

El sujeto se descolgó con increíble rapidez hasta el jardín, echando a correr inmediatamente hacia la salida. Cuando alcanzaba la puerta, se vieron brillar varios fogonazos.

Los estampidos se oyeron con toda claridad. El intruso se detuvo en seco, más por la sorpresa que por efecto de las balas. Pero un segundo después, al recibir un nuevo proyectil, giró en redondo y se desplomó de bruces al suelo.

Un coche arrancó, con un estridente chillido de neumáticos. El silencio volvió muy pronto, para ser roto nuevamente por la sirena de un coche policial, cuyos ocupantes habían oído los disparos y acudían al lugar del suceso.

CAPÍTULO VIII

El teniente Sharboe escuchó las palabras que le dirigía uno de sus subordinados y luego entró en el salón, donde se hallaban la dueña de la casa y su invitado.

—Hola, Chuck —saludó—. Señora...

—Celebro verte, Hal —dijo Feldon—. Nellie, es el teniente Sharboe, un buen amigo. Estudiamos juntos en la Secundaria.

—Y él fue a la Universidad y yo me puse un uniforme —sonrió el policía—. ¿Cómo se encuentra, señora?

—Mejor —contestó Nellie—. Pero nunca me hubiera imaginado que Clarissa, la doncella...

—El dinero hace flaquear la virtud más sólida —dijo Sharboe sentenciosamente—. La están buscando y la interrogaremos —añadió.

Luego se volvió hacia la joven.

—¿Cómo se te ocurrió que el asesino podía estar en la casa? —inquirió.

Feldon hizo un gesto ambiguo.

—No lo sé. Quizá fue un presentimiento, cuando ella dijo que estaba sola... Con tres personas en la servidumbre, no me pareció lógico.

—Fue una deducción correcta —convino Sharboe—. De todos modos, ese individuo no iba a seguir mucho tiempo. Tenía que acabar como ha acabado. Y, francamente, me alegro de ello.

—¿Cómo, Hal? —se extrañó Feldon.

—Se llamaba Radcliffe Bolckstone y le apodaban el Estrangulador. El lazo de seda era su método preferido. Hemos encontrado uno en sus ropas.

Nellie sintió un escalofrío.

—Iba a estrangularme...

—Sin ruido, sin sangre... Que yo sepa, hubiera sido usted la

víctima número siete de ese asesino.

—Por dinero —dijo Feldon.

—Claro —contestó el policía—. Pero ya estamos investigando. Ahora contamos con más elementos de juicio. Por ejemplo, las huellas de los neumáticos, que quedaron impresas en el asfalto, al arrancar súbitamente.

—Son como las huellas dactilares, ¿no?

—Aproximadamente.

—Hal, tendrías que vigilar a los sobrinos de Thornton. Están detrás de todo este asunto —afirmó el joven.

—Los herederos despechados —dijo Sharboe.

—Exactamente.

—Pero ellos no podrían heredar, si...

—Kathy Grove enviudó de Amos Harper, que sí era pariente de Nellie.

—Oh, comprendo. Bien, haré que los vigilen.

De pronto, llamaron a la puerta. Alguien abrió e hizo una señal con la mano.

—Dispensen —murmuró Sharboe.

Se separó de la pareja, fue hacia la puerta y habló con el policía que le había llamado. Escuchó unos instantes, hizo unos gestos de aquiescencia y luego regresó junto a los dos jóvenes.

—¿Algo nuevo, Hal? —preguntó Feldon.

—Sí —respondió Sharboe—. Hemos encontrado a la doncella.

—¿Ha dicho algo interesante? —preguntó Nellie.

—No. Está muerta.

Nellie lanzó un gemido.

—Eso confirma mis sospechas, Hal —dijo Feldon sombríamente.

—Tenías razón, Chuck. Bien, tengo que marcharme... Señora, voy a ordenar que vigilen su casa.

—Gracias, teniente —dijo ella.

Al quedarse solos, Feldon tomó una mano de la joven.

—Esto es una especie de cerco —sonrió—. Pero muy pronto será roto y quedarás completamente libre.

Nellie suspiró.

—Eso espero —respondió.

El suceso había causado gran sensación. Todos los periódicos daban la noticia con grandes titulares. Feldon los leyó en su cabaña,

haciendo muecas de disgusto, por una publicidad que estimaba perniciosa. Ya había habido bastante publicidad cuando Nellie fue declarada heredera, pero el sensacionalismo había terminado por agotarse. Ahora, con la muerte del Estrangulador y de la doncella traidora, Nellie volvía una vez más a las primeras planas de los diarios, amén de los noticiarios de la radio y la televisión.

Nellie tenía razón, se dijo. A veces, el dinero resultaba una carga muy pesada.

—Sobre todo, cuando hay cuervos revoloteando en las inmediaciones y que me perdone «Judas» por la comparación —murmuró.

De pronto, oyó el ruido de un coche que se detenía frente a la casa. Dejó los periódicos a un lado y se puso en pie.

Sorprendido, reconoció al visitante.

—¡Señor Leadhill!

El hombre avanzó con la sonrisa en los labios. Feldon apreció que llevaba un rollo de papel en la mano.

—Le ruego perdone la molestia, doctor —dijo Leadhill—. Pero no he querido dejar pasar más tiempo sin traerle este modesto obsequio, como reconocimiento a su generosa aportación a la Fundación Carthmile. Es un diploma que concedemos a todos los que dan mil dólares o más.

—Pero, señor Leadhill... —Feldon sonrió, a la vez que se echaba a un lado—. Lo hice de muy buen grado...

—El Señor agradecerá su generoso gesto, no cabe duda, pero los hombres necesitan también de cierto estímulo material, que les permita recordar sus buenas acciones. Acepte el diploma, por favor.

—Bien, si tanto se empeña...

Feldon soltó la cinta que sujetaba el documento y lo desenrolló, para contemplarlo y leer su contenido. Al terminar, se volvió hacia su visitante.

—Le doy las gracias más sinceras, señor Leadhill —dijo.

—No se merecen; somos nosotros, en todo caso, los que debemos agradecerle a usted su generosidad. Y ahora, si me lo permite...

La bocina de un coche sonó en aquel momento.

—¡Chuck! —gritó Nellie en el exterior.

Feldon sonrió.

—Dispénsame, señor Leadhill —sonrió el joven.

Y se asomó a la puerta.

—¡Nellie! ¡Qué sorpresa!

—Ven —llamó la joven—. Quiero enseñarte una cosa.

—Aguarda un momento, por favor.

Feldon se volvió hacia el visitante.

—Le ruego me disculpe —dijo.

—Oh, no se preocupe. He tenido un gran placer, doctor.

De súbito, se oyó la voz de Nellie, con trémolos de angustia:

—¡Chuck, mi coche no frena!

Feldon se precipitó al exterior. Nellie estaba todavía dentro del automóvil, detenido a pocos pasos de la cabaña. El terreno hacía allí una ligera pendiente y era fácil ver que el automóvil rodaba lentamente en dirección opuesta a la de llegada.

—¡Salta! —gritó él.

Nellie abrió la portezuela y abandonó el coche, cuya velocidad se incrementó rápidamente. Unos segundos después, se precipitaba por el talud con gran estrépito.

Feldon llegó junto a la muchacha y la cogió por la cintura.

—Ya no hay peligro, Nellie —dijo.

Ella estaba muy pálida.

—No comprendo lo que ha sucedido —exclamó—. El coche se encontraba perfectamente... Frenó bien incluso al llegar aquí, pero luego... algo falló y...

Leadhill corrió hacia ellos.

—Ha sido terrible —exclamó—. Pensar que esta encantadora joven ha podido morir horriblemente...

—¿Quién es, Chuck? —preguntó ella.

—Eric Leadhill, gerente general de la Fundación Carthmile —se presentó el visitante—. Su cara me parece conocida, señorita...

—Señora Thornton —puntualizó Feldon.

—Oh, ahora recuerdo... Señora, su difunto esposo, que ahora goza sin duda de la paz del Señor, fue un insigne protector de la Fundación, por lo que todos le estábamos muy reconocidos. Aunque sea con muchos meses de retraso, permítame ofrecerle mis sinceras condolencias, señora Thornton.

—Gracias —contestó la muchacha.

—Tendrá que perdonarnos —dijo Feldon—. Ella necesita tomar algo.

—Oh, sí, claro... Dispensen. Siento vivamente lo ocurrido y me felicito de que se encuentre bien, señora.

Feldon llevó a la muchacha al interior de la cabaña y buscó una botella. Nellie continuaba todavía muy pálida.

—Me pregunto qué habría sucedido si el fallo se hubiese producido en otro lugar —dijo Nellie, después de tomar unos sorbos de *whisky*.

—No vale la pena hablar de lo que no ha ocurrido —contestó él—. Pero, en cambio, sí hablaremos con el teniente Sharboe. Y hoy mismo, ¿entiendes?

Ella le miró con expresión dolorida.

—Chuck, ¿es que no me van a dejar en paz jamás? —se lamentó.

Feldon hizo un gesto con la cabeza.

—Para hablar con claridad, vales demasiado.

—Por desgracia —contestó ella, muy deprimida.

A unos quinientos metros de distancia, convenientemente escondido, tras un espeso grupo de arbustos, un hombre enfundaba los prismáticos con los que había estado observando la escena. Dudley Fitzhugh hizo una mueca de rabia.

—¿Es que esa mujer es invulnerable? —exclamó rabiosamente.

Dudley Fitzhugh tomó un sorbo de *whisky* y se enjuagó la boca, antes de tragarlo. Luego miró al hombre que tenía frente a sí.

—Tú exiges mucho, pero yo te di la idea y fracasaste miserablemente —se quejó.

El otro se encogió de hombros.

—Estaba perfectamente calculado —contestó—. El fallo de los frenos tenía que producirse precisamente en el lugar indicado.

—Pero no sucedió así y ella sigue viva todavía, por lo que hablar de perfección es una solemne tontería.

—Lo hice bien —insistió el sujeto—. Fue solo la diferencia de un segundo... y el hecho de que ella frenase suavemente.

—¿Cómo? —exclamó Fitzhugh.

—Es una chica joven. Todas las chicas jóvenes llegan a gran velocidad y pisan el freno bruscamente. Si lo hubiera hecho, ahora estaría en el fondo del barranco.

—El caso es que sigue viva... y lo que todavía es peor, muchísimo peor: corre el peligro de enamorarse de ese maldito profesor.

—¿Lo crees así?

—Estúpido —gruñó Fitzhugh—. Estaba mirándolo desde lejos, con unos buenos prismáticos. Si se enamora de Feldon, podemos despedirnos de su fortuna.

—Y tú te despedirías de la vida.

Fitzhugh se echó a reír.

—No me digas —contestó burlonamente—. ¿Cómo cobrarías la deuda, si yo muriese? Escucha —dijo de pronto—, hay que liquidarla, y cuanto antes, mejor. ¿Me entiendes?

Hubo un momento de silencio. Luego el otro hombre dijo:

—Eso está muy bien, pero hay riesgo.

—¿Cuál?

—Kathy Grove. Y luego vienen Clint y Effie y Ronnie... Con ellos vivos, ¿qué podríamos hacer nosotros?

Fitzhugh se acarició el mentón.

—Algo tendríamos que hacer, en efecto —convino.

—¿Se te ocurre alguna idea?

De nuevo callaron los dos hombres. Luego, de pronto, Fitzhugh chasqueó los dedos.

—Ya lo tengo —exclamó.

—A ver, habla.

—Un pastel envenenado.

El otro saltó en su asiento.

—¡Tú estás loco! Se notaría en seguida...

Fitzhugh sonrió perversamente.

—No, si lo hago en la debida forma —contestó.

—Lo veo muy difícil...

—Déjame que vaya preparando los materiales. Tengo que hacerlo con el máximo de precauciones. Cuando todo esté listo, te avisaré.

—¿Para tomar parte en el banquete?

—Hombre, qué cosas tienes —rió el abogado—. Simplemente, para darte la noticia.

—Muy bien, hazlo, pero cuanto antes... y con el máximo de discreción. Y no olvides una cosa, Dudley.

—¿Sí?

—Aunque perdiera el dinero que me debes... la vida vale muchísimo más.

—Lo tendré en cuenta, descuida.

—Mejor para ti, picapleitos.

Fitzhugh Se quedó solo, ¿debía participárselo a Effie?, Se preguntó.

Effie era tan desalmada como sus hermanos. Podía aceptar el plan... y podía suceder muy bien que la voz de la sangre se impusiera sobre cualquier otra consideración.

Callaría, era lo mejor.

Al otro lado de la pared, alguien despegó un aparato semejante a un fonendoscopio médico. Había en sus facciones una torva expresión de cólera, difícilmente contenida. Media hora más tarde, Ronnie Grove estaba reunido con sus hermanos.

—Dudley nos traiciona —afirmó rotundamente.

Effie, sentada en un sillón, con las piernas cruzadas, juntó las yemas de los dedos.

—Yo tenía razón y vosotros no queráis creerme —dijo.

Kathy asintió.

—¿Cómo piensa hacerlo? —inquirió.

—Un pastel envenenado.

—El próximo jueves es tu cumpleaños, ¿verdad? —dijo Kathy a Effie.

—Sí, es cierto.

—Enviaré el pastel, como si lo viera. Pero nosotros podemos hacerle antes otro envío.

—¿Qué clase de envío? —preguntó Clint.

Kathy sonrió perversamente.

—Le chiflan los bombones, sobre todo, los de licor —dijo Effie —, ¿por qué no le regalas una caja?

Effie sonrió.

—¿Qué licor pondremos? —inquirió.

—Cloruro de metileno. Si no se sabe que la víctima lo ha tomado, se cree que ha muerto de un ataque al corazón —respondió Kathy.

CAPÍTULO IX

—Había un fallo en el circuito de frenos —dijo el teniente Sharboe.

—Era un coche casi nuevo. La avería fortuita parece descartada —opinó Feldon.

Sharboe asintió.

—Los técnicos piensan como tú —contestó—. Es más, el fallo fue provocado por un verdadero especialista, y perfectamente calculado para que se produjera en el sitio en que sucedió.

—En mi casa.

—Sí. Allí hay una ligera pendiente, que va hacia el talud. Ella debería haberse precipitado con el coche al barranco.

Feldon entornó los ojos.

—¿Por qué no cayó? —murmuró.

—¿Viste su llegada?

—No. Sólo me enteré cuando oí su voz...

—Seguramente, frenó muy suave, de modo que pudo detener el coche un instante. De haber llegado con más fuerza y frenado con mayor potencia, el fallo, al producirse, hubiera impedido la detención del coche y, por la inercia, hubiera seguido rodando hasta el barranco.

—Esa pobre chica está cercada —masculló Feldon—. ¿No habrá modo de liberarla de sus enemigos?

—Sólo cuando encontremos las pruebas suficientes para detener al autor de los hechos. Y eso, por ahora, es muy difícil.

—¿Vigiláis a los sobrinos de Thornton?

—Sí, pero su comportamiento es absolutamente correcto. Hasta ahora, no han dado el menor motivo para sospechar de ellos.

Feldon hizo un gesto con la cabeza.

—Doscientos cincuenta millones son mucha miel para esas moscas —dijo, filósofo.

—Llámalos mejor cuervos —sonrió el policía.

—Por favor, no insultes a «Judas».

—«Judas» ser cuervo bueno —dijo el pájaro gravemente. Sharboe respingó.

—¿Cómo diablos lo consigues? —exclamó.

Feldon se echó a reír.

—Primero, le enseño frases en respuesta a otras digamos tópicas. Después, empleo cierta tonalidad distinta en cada frase de las que yo pronuncio y así obtengo la respuesta adecuada.

—Ese pajarraco vale su peso en oro —dijo Sharboe—. En todo caso, el peso de su amo —exclamó Nellie desde la puerta.

—¡Hola, guapa! —saludó «Judas».

Los dos hombres se pusieron en pie.

—No te he oído llegar —dijo Feldon.

—Sin duda, estabas muy entretenido con tu amigo —supuso ella—. ¿Hay algo de nuevo, teniente?

Sharboe dudó un momento, pero acabó por dar una respuesta evasiva:

—Salvo confirmar la avería intencionada en su coche, nada de nuevo, señora Thornton.

Feldon llenó una taza y se la entregó a la joven.

—Los sobrinos de Thornton son muy escurridizos —dijo. Ella tomó la taza y miró al joven por encima del borde—. Hay otro hombre del que se han olvidado, me parece.

—¿Quién? —preguntó Sharboe vivamente.

—Fitzhugh, el abogado.

—¿Usted cree?

—Es una posibilidad. Tuvo mucho empeño en impugnar el testamento. Y mi esposo, que le conocía bien, decía que un día acabaría en la ruina.

—¿Por qué? —preguntó Feldon.

—Le gusta mucho la buena vida... y también le gusta apostar en las carreras de caballos.

—En resumidas cuentas, gasta más que gana —dijo el policía.

—Pero ¿qué beneficios podría obtener Fitzhugh de tu muerte? —se extrañó Feldon.

—¿Sabemos si ha hecho un pacto con los sobrinos?

Sharboe alzó el índice.

—Voy a averiguarlo inmediatamente —manifestó—. Gracias por el café, Chuck. Señora, he tenido mucho gusto —se despidió.

Feldon y la joven quedaron solos.

—Estás preocupada —adivinó él.

Nellie asintió.

—No puedo olvidarlo —repuso—. Pero, a pesar de todo, procuro mostrarme animosa. Chuck, ¿recuerdas que el otro día, cuando se desfrenó mi coche, quería enseñarte algo?

—Sí, es cierto. Luego se te pasó... ¿Qué es?

Ella dejó la taza a un lado y asió la mano del joven.

—Ven —dijo.

«Judas» salió sobre el hombro de Feldon, pero elevó el vuelo casi en el acto. Luego Nellie guió al joven hasta el lugar donde se hallaba la cascada.

—¿Por qué me traes aquí? —se extrañó él.

Nellie se volvió para mirarle, con la sonrisa en los labios.

—He comprado estas tierras —dijo—. Ahora me pertenecen.

—Vaya una noticia —resopló Feldon—. Te felicito. Yo hubiera querido hacerlo, pero pedían demasiado dinero...

—Ése no fue problema para mí —declaró la muchacha. Lanzó un suspiro—. Me sobra el dinero, Chuck.

—Cuántos querrían decir lo mismo, Nellie.

—Lo sé, pero..., a veces, es una carga que se me hace muy pesada...

Inesperadamente, Nellie se abrazó al joven y apoyó la cara en su pecho.

—He sido siempre muy desgraciada —se lamentó—. Tuve una infancia desdichada, una juventud poco agradable... Quizá los mejores años de mi vida fueron los que pasé en casa de mi difunto esposo... Cuando heredé su fortuna, pensé que todo iba a cambiar, pero ha sido para peor... Chuck, aconséjame, por favor. Tú eres el único amigo que tengo, un amigo sincero, que no ve en mí a la mujer inmensamente rica... ¿Qué puedo hacer para ser feliz?

A Feldon se le ocurrió en aquel instante una idea, pero, reputándola interiormente de disparatada, se abstuvo de expresarla en voz alta.

—Procura tranquilizarte —aconsejó—. Tarde o temprano, tus adversarios levantarán el cerco, cansados de esfuerzos inútiles y

comprometedores. Ten un poco de paciencia, es todo lo que puedo decirte.

Ella guardó silencio durante unos momentos. Al separarse, Feldon vio lágrimas en sus ojos.

—Ven a verme pronto, Chuck —pidió.

—Sí, Nellie.

Al cabo de un rato, Nellie pareció tranquilizarse.

—Cuando llegue la primavera, vendré aquí casi a diario sonrió.

—Es un lugar encantador, en efecto; y celebro que lo hayas comprado.

—No podía dejar escapar la ocasión —sonrió ella. De nuevo agarró la mano masculina. Su contacto resultaba confortante y tranquilizador—. Me permitirás que abra un camino para llegar con más comodidad —añadió.

—Puedes hacerlo cuando gustes —accedió él.

De pronto, Nellie se volvió y le miró intensamente.

—Chuck, quiero hacerte una pregunta y deseo una respuesta absolutamente sincera —exclamó.

—Sí, lo que gustes.

—Dime, si fuese una chica normal, si no tuviese tanto dinero..., ¿me pedirías que me casara contigo?

Feldon vaciló un instante.

—Es tu fortuna la que me retiene de pedírtelo —dijo al cabo.

Nellie sonrió hechiceramente.

—Gracias por la respuesta —dijo—. Es todo lo que deseaba saber, querido.

Effie Grove se sentó en la cama y ahuecó con la mano su frondosa cabellera. Al hacerlo, sus senos emergieron, poderosos, rotundos, estallantemente jóvenes. Fitzhugh la miró complacientemente.

—Eres realmente atractiva —dijo.

Effie se inclinó y le besó suavemente en los labios.

—Tú eres todo un hombre —elogió.

—Con una mujer como tú al lado, cualquiera se sentiría... un salvaje —rió el abogado.

—Gracias por el elogio, encanto.

Effie giró el cuerpo y puso los pies en el suelo.

—¿Has decidido algo por fin? —preguntó.

—Sí. Un pastel. No comas, simula estar indispuesta.

—Descuida.

Effie empezó a vestirse. Fitzhugh estiró la mano y agarró un paquete de cigarrillos.

—Deberías quedarte un poco más...

—No, ya es suficiente. —Effie estiró una de las medias—. No seas ansioso; después me tendrás todo lo que gustes.

—Eso espero —sonrió él.

Effie terminó de vestirse, fue al tocador un momento y regresó a los pocos instantes. Cuando se disponía a coger su bolso, se dio una palmada en la frente.

—¿Qué es, muñeca?

—Te traje una caja de bombones de licor. Están en el salón.

—Hombre, podías haberlo dicho antes...

—Espera, no te levantes. Yo te la traeré para que disfrutes en la cama.

Effie se puso los guantes mientras salía. También los había llevado puestos al llegar a la casa del abogado. En ningún momento, ni siquiera mientras manipulaba en los bombones, había tocado la caja con las manos desnudas. Sonriendo, se la entregó a Fitzhugh y se inclinó para darle un beso.

—Buen provecho —se despidió.

—Gracias, guapa.

Fitzhugh soltó la cinta, levantó la tapa y sacó el primer bombón, que se metió en la boca inmediatamente. El licor parecía un poco fuerte, pero lo saboreó con verdadero placer.

Tomó un segundo bombón. Luego encendió un nuevo cigarrillo.

Quince minutos más tarde, sufrió una fuerte convulsión. Sus piernas se estiraron violentamente y sus ojos rodaron en las órbitas, a la vez que su boca se torcía en una horrible mueca.

Sus manos se crisparon sobre el pecho, pero, a los pocos momentos, todos sus músculos se relajaron y acabó por quedar completamente inmóvil.

Effie aguardaba en la sala. Había fingido salir, haciendo el ruido adecuado con la puerta. Se asomó al dormitorio y vio a Fitzhugh completamente quieto.

Muy despacio, pisando de puntillas, se acercó a la cama y recobró la caja de bombones. Fue al baño y los lanzó uno a uno al

sumidero. A continuación, rompió la cartulina y el papel de la envoltura en minúsculos pedazos, que guardó en una bolsita de plástico que había llevado preparada. La bolsita fue a parar al interior de su bolso de mano.

Antes de salir, miró fríamente el inmóvil cuerpo del abogado.

—¡Adiós, imbécil!

CAPÍTULO X

Feldon llamó a la puerta y fue la nueva doncella la que le abrió casi de inmediato.

—Soy el doctor Feldon —se presentó—. La señora me ha llamado por teléfono...

—Oh, sí, Doctor; le está aguardando. Tenga la bondad de pasar. Nellie apareció en aquel instante en la puerta del salón.

—¡Chuck!

Feldon avanzó hacia ella.

—Estoy alarmado —confesó—. ¿Sucedó algo?

—Ven —dijo Nellie.

El joven la siguió. Nellie parecía terriblemente asustada.

—Tengo miedo —dijo—. Ha ocurrido algo espantoso. Fitzhugh ha muerto.

—¿El Abogado de los Grove?

—Sí. Un ataque al corazón.

—Pero eso no es motivo...

—Chuck, Rosie, la hermana de Amos, murió también de un ataque al corazón.

—¿Quieres decir que sospechas que puede tratarse de un asesinato? De dos mejor dicho...

—Después de todo lo que me ha pasado, después de recibir el mensaje anónimo...

—¿Cómo? ¿A qué mensaje te refieres? —exclamó Feldon, asombrado.

—Espera un momento —dijo Nellie.

Se acercó a un escritorio de persiana y levantó ésta, para dejarlo al descubierto. De pronto, lanzó una exclamación.

Feldon corrió hacia ella.

—¡Nellie! ¿Qué sucede?

La joven se volvió muy pálida.

—No está —dijo.

—¿Te refieres al mensaje?

—Sí. Lo recibí ayer y lo guardé en el escritorio.

—Quizá te has equivocado...

—Imposible. Lo vi hoy, esta misma mañana... Ni siquiera hace dos horas que volví a tenerlo en mis manos. Quería releerlo, convencerme de que no era un sueño, ¿comprendes?

—A pesar de todo, pudiste pensar que lo dejabas en el escritorio cuando, en realidad, lo pusiste en otra parte —insistió Feldon.

—No, Chuck, no. Lo dejé aquí. Estoy tan segura de ello, como de tenerte en estos momentos frente a mí.

Feldon se pellizcó el labio inferior.

—En tal caso, alguien se lo ha llevado —dijo.

—Sí, pero ¿quién?

—Alguien más ha estado en el salón, después de que vieras de nuevo ese anónimo. Tu mayordomo, la nueva doncella...

—No creo que sean unos traidores, como la pobre Clarissa. Sin duda, ha sido otra persona, aunque en estos momentos no se me ocurre ningún nombre.

—Bien, ya lo recordarás. ¿Qué decía el mensaje?

—Mencionaba el primer testamento de mi esposo y me ordenaba cumplirlo según sus deseos.

—¿Quiere decir eso que debes dejar tu dinero a instituciones benéficas?

—Exactamente, Chuck.

—Pero eso es absurdo... Si lo hicieras, los sobrinos no obtendrían ningún provecho.

—Eso es lo que yo he pensado y lo que me tiene completamente desconcertada. No se comprende que, si el anónimo es obra de los sobrinos, me fuercen a hacer algo de lo que no van a obtener el menor beneficio.

—Eso de forzar... Sin duda te amenazan, caso de que no hagas lo que te piden, ¿verdad?

—Sí, el anónimo decía que tenía dos semanas de plazo para anunciar la cesión de toda mi fortuna a las instituciones benéficas mencionadas por mi esposo en su anterior testamento. Pasado ese plazo, si no lo he hecho, me matarán.

Feldon se puso a pasear por la estancia.

—De todos modos, aquí hay algo incomprensible —dijo—. Si tú murieses, la fortuna, de todos modos, pasaría a esas entidades benéficas. No es necesario que te amenacen para que se cumpla algo estipulado en el segundo testamento.

—Cierto, pero has de tener en cuenta que soy joven y que, lógicamente, mis expectativas de vida son muy elevadas. Quizá hay alguien que no puede esperar cincuenta o sesenta años a que se cumpla el testamento.

—Eso sí es cierto —convino él—. Nellie, ¿te parece que vayamos a visitar al teniente Sharboe?

—¿Para qué? Sin el anónimo, poco puedo hacer...

—Pero lo has tenido en las manos un par de veces y puedes recordar detalles interesantes para la policía. Anda, arréglate y nos iremos en seguida.

—Está bien, Chuck.

Nellie salió de la estancia. Feldon encendió un cigarrillo. Cada vez que lo pensaba, le parecía un caso más complicado.

De pronto, se le ocurrió una idea. ¿Por qué no hablar con Kathy, la viuda de Harper? Merecía la pena sondear a aquella hermosa joven. Todavía no había vuelto a verla después del accidente y pensó que una visita, aparentemente de cortesía, podía producir algún fruto interesante.

Lo mejor era visitarla cuanto antes. La entrevista con Sharboe podía esperar.

Inmediatamente, caminó hacia el vestíbulo. Vio a la doncella y se dirigió a ella.

—Dígale a la señora que tengo que salir urgentemente y que luego la llamaré por teléfono —dijo.

—Muy bien, doctor.

Llamó a la puerta y aguardó unos segundos. Alguien abrió finalmente y le miró con curiosidad.

—¿Sí? —dijo el hombre.

—Soy el doctor Feldon. ¿Puedo hablar con la señora Harper?

—Ah, doctor... Usted es el que auxilió a mi hermana Kathy cuando sucedió aquel accidente tan espantoso... Permítame, soy Clint, su hermano mayor.

—Encantado, señor Grove.

—Es un placer. Ahora mismo iré a llamarla, doctor.

—Muy amable.

Clint se marchó al interior de la casa. Feldon tuvo que aguardar todavía unos minutos. Al fin, Kathy se hizo visible.

Estaba muy hermosa, quizá porque apenas llevaba maquillaje en el rostro. El vestido era sencillo, de color discreto, con vivos blancos en el cuello y puños.

—¿Doctor?

Feldon tomó la mano que se le tendía.

—Creo que no he sido muy cortés —dijo—. Debí haber venido a visitarla antes, pero, por otra parte, me parecía un tanto indiscreto, debido a las circunstancias que no es preciso mencionar.

—Gracias —sonrió ella tenuemente—. ¿Quiere sentarse, doctor? ¿Le apetece algo de beber?

—No, se lo agradezco. —Feldon se sentó en un extremo del diván y ella lo hizo en el otro—. Confío en que se haya repuesto de la tremenda impresión sufrida.

—Me costará mucho. A pesar de todo, no puedo olvidar que era mi esposo.

—Lo comprendo y repito mis condolencias, señora. ¿Me permite ahora una pregunta de carácter íntimo?

Kathy arqueó las cejas.

—¿De qué se trata, doctor?

—Verá... Es algo... Tal vez lo tome como una impertinencia mía, pero el caso es que... Su difunto tío, Blaise Thornton dejó toda su fortuna a su viuda.

—Es cierto, pero no sé qué tiene que ver eso con la muerte de mi esposo.

—Era pariente de la señora Thornton. Por tanto, al casarse, usted adquirió también ese parentesco.

—¿Y...?

—Siendo heredera de Amos Harper, lo es también de cualquier cosa que él pudiera heredar, ¿no?

Kathy se puso rígida.

—Creo que empiezo a comprender lo motivos de su visita —respondió secamente—. Está pensando de mí algo que no es cierto y sólo gracias al hecho de que estamos solos, me impide darle la respuesta que se merece.

—La señora Thornton ha sufrido un par de atentados. Incluso ha

recibido un anónimo. ¿Tiene usted algo que ver con todo eso? ¿Ha sido aconsejada por Dudley Fitzhugh?

Kathy se puso en pie.

—Le agradeceré se marche inmediatamente, doctor —exclamó.

Feldon se levantó también. En el mismo instante, llamaron a la puerta.

Clint apareció de súbito.

—Deja, Kathy, yo abriré —se ofreció.

Cruzó la sala, abrió y se encontró ante un mandadero, que tenía una gran caja de cartón en las manos.

—¿Señorita Effie Grove? —dijo el hombre.

—Es mi hermana, pero no está en estos momentos —contestó Clint—. Seguro que es su pastel de cumpleaños.

—En efecto, señor Grove. Aquí tiene. Me firmará el recibo de entrega, por favor.

—Claro.

El pastel cambió de manos. Clint firmó y luego dio una moneda al mandadero, quien se retiró en el acto. Luego Clint se volvió hacia el visitante, con la sonrisa en los labios.

—Effie cumple hoy veintitrés, pero no se lo diga; es uno de sus secretos mejor guardados.

Feldon asintió.

—Ojalá pueda cumplir muchos más —dijo.

—Con su permiso...

Clint se retiró. Kathy volvió a enfrentarse con el joven.

—Creo haberle rogado que se marche de mi casa, doctor —dijo con voz tensa:

—Estaba pensando en una cosa —sonrió Feldon—. Hace tan sólo algunas semanas, les convenía que Nellie siguiera con vida, puesto que, de morir, su fortuna pasaría a fundaciones benéficas. Pero ahora, después de convertirse en la viuda de Harper, es también la única pariente de Nellie... y, por tanto, su heredera, en caso de fallecimiento. Señora, procure que Nellie viva muchos años. Ella puede morir violentamente, por supuesto, pero usted sería la primera en ir a la cárcel. ¿Sabe que el asesino y sus cómplices no pueden heredar de la víctima?

Kathy estaba a punto de explotar de ira, aunque logró dominarse en parte.

—Doctor, ¿qué interés tiene en la señora Thornton? ¿No está pensando en que puede convertirse en su esposo y, por tanto, dueño de doscientos cincuenta millones de dólares?

—Me importa la mujer, no el dinero —contestó Feldon secamente—. Por cierto, ¿han sido asesorados por Fitzhugh? Si es así, puedo decirle que han elegido un pésimo consejero legal...; el peor que podrían haber encontrado en la ciudad. ¡Buenos días, señora Harper!

Feldon abrió la puerta y salió. La expresión del rostro de Kathy era más que suficiente para saber su culpabilidad.

—Pero una cosa es saber que es culpable y otra poder probarlo —se dijo, repentinamente desalentado.

Bajó a la calle y buscó su coche. Cuando se disponía a arrancar, vio que llegaba otro, conducido por un tipo que le resultaba conocido.

Junto al hombre, había una hermosa joven, que llevaba una caja en el regazo. Feldon se puso una mano en la mejilla izquierda, para evitar ser reconocido.

—¿Qué diablos puede hacer aquí Eric Leadhill? —masculló, tremendamente intrigado.

CAPÍTULO XI

—¿Estás decidida? —preguntó Leadhill.

Effie vaciló un instante.

—Son mis hermanos...

—Son tus enemigos —dijo él.

—¿Habrá fallos en el plan?

—Ninguno. Lo he meditado a fondo. Todo saldrá perfectamente, puedes estar segura de ello. Piensa en lo que te espera después.

Effie calló un momento.

—Creo que... lo sentiré, Eric.

Leadhill sonrió.

—El dinero te lo hará olvidar. Además, piensa en que si ellos lo consiguen, procurarán deshacerse de ti, para tener una parte mayor.

—Eso sí es cierto —admitió Effie preocupadamente—. Pero...

Leadhill golpeó el aro del volante con gesto de impaciencia.

—¿Qué te pasa ahora? ¿Vas a echarte atrás, cuando todo está a punto de acabar? Además, no sé por qué te preocupas. Tú misma me lo dijiste hace tiempo. Y ellos, en alguna ocasión, te lo han echado en cara. Sólo eres Grove a medias... porque tu madre tuvo aquel desliz hace muchos años, ¿no es cierto?

—Pero papá nunca lo supo...

—Bueno, ¿y qué? No era tu padre, lo que te convierte sólo en medio hermana de los tres.

—Sí, tienes razón. Sin embargo, hay algo que me tiene preocupada —fijo Effie.

—Está bien, suéltalo —pidió Leadhill resignadamente—. ¿De qué se trata ahora?

—De ti. Has cambiado de opinión un montón de veces... Primero quisiste asesinarla, contratando a aquel pistolero... Luego preparaste el accidente... Más tarde, has conseguido que yo elimine a Fitzhugh... Me pregunto si cuando hayas conseguido el dinero, no

me darás de lado.

—Puedes denunciarme a la policía, si lo hago, Effie —contestó el hombre—. Investigarán y yo iría a parar a la cárcel por el resto de mis días.

—Y a mí me enviarían a la cámara de gas. Se usa nuevamente —dijo Effie, con un fuerte estremecimiento.

—Si lo haces tal como te he dicho, nadie sospechará de ti. Las sospechas caerán, precisamente, sobre el hombre que ya no puede hablar, porque ha muerto esta mañana de un ataque al corazón. Fue él quien encargó el pastel de cumpleaños, ¿lo recuerdas?

—Sí —suspiró ella—. Está bien, lo haré.

Leadhill palmeó el muslo izquierdo de la joven.

—Piensa en lo que te espera —dijo.

Effie abrió la portezuela del coche. Con la caja en las manos, se inclinó para mirarle.

—Eric, si me traicionaras..., acabaremos los dos en la cámara de gas —amenazó.

Leadhill se echó a reír.

—¿Me tomas por loco? —contestó—. Quiero vivir... y disfrutar de la fortuna de Thornton. Por eso tendré la boca cerrada, como tú, encanto.

Effie asintió, se irguió, dio media vuelta y caminó hacia la casa. Leadhill alargó la mano derecha y cerró la portezuela. Luego pisó el acelerador.

Feldon arrancó detrás del sujeto. Empezaba a ver claro en un asunto que, hasta entonces, le había parecido muy turbio.

Presentía que en Leadhill estaba la solución de los problemas que afligían a Nellie.

Leadhill no se percató de que era seguido. Media hora más tarde, Feldon le vio tomar el camino que conducía al conjunto de edificios que componían la Fundación Carthmile y decidió dar media vuelta.

Nellie tenía que saber lo que ocurría. Y su amigo Sharboe también, por supuesto.

Effie entró en el salón, limpiándose las manos de un polvo inexistente.

—Ya está —anunció.

—¿Han quedado rastros? —preguntó Ronnie.

—Ni la más mínima partícula —contestó Effie—. Todo ha ido sumidero abajo. Incluso las cenizas de las dos cajas, la de bombones y la de la tarta que nos envió Dudley.

Kathy se echó a reír.

—Si lo puede ver desde el infierno... soltará tanta baba, que puede que apague las llamas que le están abrasando —dijo.

—Hombre, hablando de llamas —exclamó Clint—. Creo que es hora de que encendamos las velitas del pastel.

—Sí, vamos a encenderlas —concordó Ronnie.

Nadie reparó en la palidez de Effie. Los dos varones encendieron las velas. Luego Clint hizo un gesto con la mano.

—Vamos, pequeña, ven a soplar —pidió alegremente.

Effie se acercó a la mesa. Vaciló durante un segundo. Tal vez debía decir la verdad... pero, por otro lado, temía la reacción de sus hermanos. Sería terrible, sin duda.

Inclinándose, sopló con fuerza un par de veces. Veintiséis velas quedaron apagadas y humearon un poco.

Ronnie destapó una botella de champaña. El tapón saltó hasta el techo, con el estampido de un disparo.

—¡Vamos a brindar por el idiota de Dudley! —gritó.

Kathy miró a su hermana y le guiñó un ojo.

—¿Qué tal se portó, Effie?

—Psé... —contestó la interpelada ambiguamente.

—Hombre, era bastante guapo —dijo Clint, muy ocupado en cortar el pastel en trozos.

—Hay algo que me gustaría saber —exclamó Ronnie de pronto.

—¿Qué es? —dijo Kathy.

Ronnie puso un trozo de pastel en su plato. Kathy metió la cucharita y se la llevó a la boca.

—Eric —dijo Ronnie—. ¿No nos jugarán una mala pasada?

—No puede —respondió Clint.

—¿Por qué?

—Le interesa tanto como a nosotros. Está hasta el cuello. Tiene que seguir en el juego.

—Espero que sea así, porque si no...

Ronnie no terminó la frase. Entregó un plato a Effie y otro a Clint. Luego puso en el suyo un buen trozo de pastel.

Effie se retiró un par de pasos, con el plato en una mano y el

pastel en la otra. Los otros comían y bebían alegremente, sin la menor preocupación.

De pronto, Effie exclamó:

—Seguid vosotros —indicó—. He olvidado hacer una llamada.

—¿A quién?

Effie forzó una sonrisa.

—Quiero darle un buen susto a la señora Thornton —dijo.

—Pon un pañuelo delante del micrófono, para que no reconozca tu voz —aconsejó Clint con la boca llena.

—Descuida.

Effie abandonó presurosamente el comedor. Al llegar a la sala tuvo necesidad de apoyarse en la pared.

El corazón le latía enloquecedoramente. Jamás hubiera creído llegar a una situación semejante. Ella, la asesina de sus hermanos...

Pero ya no podía echarse atrás, era imposible retroceder. Trató de pensar en la inmensa fortuna que le esperaba. Hasta allí le llegaban las alegres voces de sus víctimas.

Por un instante se preguntó cómo había podido actuar de semejante forma. ¿Qué le había sucedido?

Dejó el plato y la cucharilla sobre una mesa y levantó el teléfono. Con la mano libre, colocó un pañuelo doblado sobre el micrófono.

Marcó el número de Nellie, la vista fija en la puerta que comunicaba con la otra estancia. A los pocos segundos oyó una voz:

—Residencia de la señora Thornton.

—Deseo hablar con la señora —dijo Effie.

—¿Su nombre, por favor?

—Soy una amiga..., díglele que se ponga.

Effie oyó lejanamente una voz masculina. Luego percibió de nuevo la voz de la doncella:

—Lo siento, señora; si no me dice su nombre, la señora Thornton no desea hablar con usted.

Effie se quedó parada. ¿Quién estaba con Nellie? ¿El doctor Feldon, aquel estúpido entrometido, cuyas acciones comenzaban a dar al traste con sus proyectos?

De pronto, oyó el ruido de un cuerpo que caía al suelo en la estancia vecina.

Kathy gritó, temblando convulsivamente de pies a cabeza,

continuó en el mismo sitio.

Otro cuerpo rodó por el suelo. Kathy apareció de pronto en la puerta con las facciones desencajadas y los ojos fuera de las órbitas.

—Ma..., maldita... zorra... —jadeó.

Effie, aterrada, dio un paso atrás. Kathy intentó andar de nuevo, pero, súbitamente, se vino abajo.

Durante unos minutos inacabables, Effie permaneció en la misma postura, petrificada por el horror. Su mente se negaba a aceptar la realidad de la situación. Luego, haciendo un tremendo esfuerzo de voluntad, empezó a reaccionar.

Avanzó unos pasos y se asomó al comedor. Clint y Ronnie yacían en el suelo, en retorcidas posturas. Effie contempló los platos. En cada uno de ellos faltaba más de la mitad de los respectivos trozos de pastel.

Cogió el suyo nuevamente y tomó tres o cuatro cucharaditas. Era preciso correr el riesgo. Después, dejó caer el plato y la cucharilla al suelo y, sin perder el tiempo, corrió al teléfono y pidió socorro.

Sonó el teléfono. Luisa, la nueva doncella, lo levantó y dijo:

—Residencia de la señora Thornton...

Una voz sarcástica exclamó:

—La residencia de la señora Thornton será muy pronto una tumba, si no cumple el primer testamento de su esposo.

La comunicación se cortó en el acto. Luisa quedó perpleja y también bastante asustada. Nellie apareció en el umbral de la casa.

—¿Quién era, Luisa?

—No lo sé, señora. Un desconocido... Dijo que la residencia de la señora Thornton sería muy pronto una tumba si no se cumplía el primer testamento de su esposo...

Nellie palideció. Feldon, tras ella, puso una mano en su brazo.

—No temas —dijo—. No te harán nada.

—Estoy recibiendo anónimos a diario...

—Lo sé —sonrió el joven—. Pero no son más que fanfarronadas...

—¡Oh, Chuck! ¿Es que no te das cuenta de que empiezo a estar harta de esta situación? No como, no duermo, tengo los nervios de punta, salto al primer ruido sospechoso... Se me caen las cosas de las manos...

El timbre de la puerta se oyó súbitamente, cortando así las

desesperadas lamentaciones de la muchacha.

Luisa abrió. En el umbral, Sharboe pidió permiso para entrar.

—Pasa, Hal —dijo el joven.

Sharboe cruzó el vestíbulo y miró a Nellie.

—Tiene muy mala cara —observó.

—Es lógico. Recibe anónimos cada día, hace unos segundos la han amenazado por teléfono... Esto no es vida, Hal...

—Lo sé, pero...

—Será mejor que hablemos en el salón, teniente —propuso Nellie.

—Sí, señora.

Nellie hizo un esfuerzo de voluntad y consiguió llenar una copa que entregó al policía.

—No cabe duda —dijo Sharboe, después de tomar unos sorbos de jerez—. El pastel fue encargado por Fitzhugh y llevado a su casa, en donde, sin duda, efectuó las manipulaciones adecuadas para atiborrarlo de veneno. Luego llamó de nuevo a la tienda, dijo que se había producido un error y que quería que vinieran a buscar el pastel para llevárselo a su destinataria al día siguiente, que era la fecha de su cumpleaños.

—Pero él murió envenenado...

—Un ataque al corazón —dijo Sharboe.

—Espera un momento —pidió Feldon—. Tú mismo me has dicho que habéis investigado a fondo, llegando a la conclusión de que Effie Grove y Leadhill son amantes desde hace mucho tiempo, incluso a escondidas de los otros hermanos. Leadhill fue a pedir dinero a Nellie; se quedó unos momentos en el salón y aprovechó para llevarse el anónimo, sin duda escrito por Effie...

—Es cierto, hemos tenido ocasión de comprobarlo. Pero esas investigaciones no son más que pruebas circunstanciales, que un buen abogado destruiría en unos instantes —contestó el policía.

—Pero yo vi a Effie que se apeaba del coche, portadora de una caja cuadrada, de dimensiones bastante grandes... Incluso estuve en un supermercado, en la sección de pastelería, y pude ver cajas muy semejantes... ¡Effie llevaba ya el pastel envenenado!

—Chuck, ella misma comió de ese pastel y tuvo que ser hospitalizada...

—Pero no comió lo suficiente para morir. En un par de días,

quedó fuera de peligro. En todos los sentidos —dijo el joven intencionadamente.

Sharboe empezó a sentir ciertas preocupaciones.

—Puede que tengas algo de razón...

—La tengo —afirmó Feldon rotundamente—. Según los términos del primer testamento de Thornton, la Fundación Carthmyle se llevará más del cincuenta por ciento de la fortuna del difunto. Imagínate a Leadhill administrando a su placer ciento veinticinco millones de dólares. Y Effie a su lado, claro...

—Para ello tendría que morir Nellie.

—Cierto, pero ¿qué les importa un crimen más? Ahora, incluso pueden permitirse el lujo de pasar un tiempo, a fin de eludir sospechas. Tú mismo me has dicho que Leadhill está entrampado hasta las cejas y que si no se ha hecho una investigación, es porque los libros están en perfecto orden, ¿no es cierto?

—Sí, el contable jefe lo ha declarado así...

—Pero todavía hay más, Hal —continuó Feldon con gran vehemencia—. El pastel entregado por Fitzhugh fue entregado, de eso no cabe la menor duda. Ahora bien, Effie llevó otro pastel, también envenenado.

—¿Es que no tenía bastante con el primero? —Respingó Sharboe.

—Aguarda. Probablemente, los cuatro hermanos sabían que estaba envenenado, el de Fitzhugh, claro. Pero era el cumpleaños de Effie y había que celebrarlo, por lo que ella compró un segundo pastel, envenenado por Leadhill.

—Eso es verdad. Lo analizamos y...

—Aguarda un momento —repitió Feldon—. Del pastel de Fitzhugh no se ha encontrado el menor rastro, ni siquiera la caja de cartón que sirvió de embalaje. Esto es lógico, pero ¿por qué no ha aparecido tampoco la del segundo pastel?

—Pues...

—Effie la quemó, porque debieron de comprarla en otro sitio, y si tú lo hubieras sabido, habrías visto que no era el que Fitzhugh había encargado. ¿Lo entiendes ahora?

Sharboe asintió, a la vez que sonreía.

—Hasta un experto como yo puede pasar por alto un detalle de tanta importancia —dijo—. La interrogaré...

—No será necesario —intervino Nellie súbitamente—. He llegado a una conclusión.

Los dos hombres se volvieron para mirarla, llenos de curiosidad.

—¿Qué quieres decir, Nellie? —preguntó Feldon.

Ella estaba muy pálida y respiraba afanosamente.

—No puedo soportar más esta situación —declaró—. A fin de cuentas nunca fui rica y, en lo que cabe, vivía bien sin dinero. Voy a ceder toda mi fortuna a instituciones benéficas mencionadas por mi esposo en su testamento.

Durante unos segundos, Feldon y Sharboe permanecieron en silencio, atónitos por las palabras de la muchacha. Luego Feldon quiso hablar, pero Nellie alzó una mano.

—Es inútil, Chuck —dijo—. He tomado una decisión y nada ni nadie me hará cambiar de forma de pensar. Volveré a ser pobre...; pero tengo un título de enfermera y sabré salir adelante y, lo que es mejor, volveré a dormir ocho horas de un tirón todas las noches.

Sharboe se rascó la nuca, lleno de perplejidad. Feldon avanzó un paso y tomó las manos de la joven.

—Nellie, ¿lo has pensado bien?

—Sí, Chuck.

En la voz de Nellie había una nota de firmeza que no se podía ignorar. Sharboe exclamó:

—Señora, respeto su decisión; pero eso es hacer, precisamente, lo que desea Leadhill.

—Lo sé, pero ¿qué me importa? Así me dejará en paz...

—Un momento, Nellie —dijo Feldon—. Personalmente, estoy de acuerdo con tu decisión. Pero no debes hacerlo antes de que Leadhill y Effie hayan sido castigados por sus crímenes.

—Eso es cosa de la policía, ¿no?

—Y nuestra también. —Feldon se volvió hacia su amigo—. Hal, ¿quieres echar el guante a Leadhill?

—Hombre, qué cosas tienes... —dijo Sharboe, sonriendo de mala gana.

—Creo que yo puedo proporcionarte la ocasión, pero será preciso esperar unos días.

—¿Por qué?

—En primer lugar, te aconsejo hagas un registro a fondo de la casa de Fitzhugh. Puede que encuentres algo interesante; han hecho

demasiadas cosas para que en alguna parte no haya un rastro que te permita fundamentar sólidamente tus acusaciones. Y, en segundo lugar, voy a preparar la trampa que hará caer inexorablemente a Leadhill.

—¿Una trampa? —repitió Nellie.

Feldon se volvió hacia la muchacha.

—Exactamente —confirmó.

CAPÍTULO XII

El hombre contempló las imágenes que aparecían en la pantalla y movió la cabeza aprobatoriamente.

—Creo que ha quedado perfecto —dijo Sholto Walters—. ¿Qué te parece, Chuck?

—Pienso lo mismo —sonrió el joven—. En tu profesión no hay quien te iguale, Sholto.

—Gracias, pero los hay mejores. De todos modos, me siento orgulloso de mi trabajo.

—No me cabe la menor duda, Sholto, ¿serán discretos tus hombres?

—Como tumbas. No te olvides que están acostumbrados a trabajar en programas que tardan a veces semanas en emitirse. Una filtración inoportuna podría representar graves pérdidas y eso la empresa no lo toleraría en absoluto.

—Gracias. Me ayudarás a montar el escenario, supongo. Walters sonrió.

—Va a ser lo más divertido que he hecho en mi vida —contestó. Feldon hizo un gesto con la cabeza.

—No, no tiene nada de divertido —dijo sombríamente—. Han muerto muchas personas... y yo mismo estuve a punto de saltar por los aires.

—Perdona, fue solo un comentario...

Feldon palmeó el hombro de su amigo.

—No te preocupes —repuso—. La cosa ha quedado perfecta. Ahora sólo falta esperar a que dé resultado.

—¿Crees que picará?

—Imagínate un caballo que está paciendо tranquilamente en el campo y que, de pronto, recibe el picotazo de una avispa.

Walters se echó a reír.

—Puedes pensar también en el toro cuando recibe un par de

banderillas —dijo—. Los efectos son análogos.

—Sí, confío en que sea así —murmuró Feldon pensativamente—. Bien, ¿me avisarás cuando esté todo listo?

—Claro, hombre.

—Por supuesto, quedará el suficiente dinero para abonar los gastos.

—En lo que a mi trabajo se refiere, olvídale; es un trabajo que hago completamente gratis, Chuck.

—Gracias, Sholto.

—Pero es que pienso también en las inmensas aplicaciones que va a tener tu invento. ¡Qué trucos podré montar en lo sucesivo! —exclamó Walters, arrobado.

—En todo caso, no olvides que hay una patente que protege mis derechos —exclamó Feldon jovialmente—. No lo digo por ti, claro, sino por... tu empresa...

—Eso es algo que el departamento jurídico no podría dejar de tener presente un solo minuto —respondió Walters, un experto director de televisión, de gran fama.

Los periodistas de ambos sexos iban entrando en la enorme sala en la que habían sido citados por Nellie Thornton. El anuncio de la conferencia de prensa había sido divulgado ampliamente, incluso por el noticiario de la cadena de televisión para la que trabajaba Walters.

La conferencia se iba a celebrar en una especie de teatro donde, en ocasiones, se realizaban emisiones en directo. Periodistas de ambos sexos, fotógrafos y cameramen iban tomando posiciones, ávidos de curiosidad por conocer el anuncio de la decisión tomada por la joven.

La herencia había convertido a Nellie en un personaje famoso y, aunque los últimos tiempos su nombre se había apagado por completo, la noticia de que iba a comunicar algo importante a la prensa había vuelto a desatar todo género de especulaciones.

Frente al escenario y también, en parte, en los laterales, había una galería corrida, llena de focos y aparatos. El escenario estaba severamente decorado por unas grandes cortinas negras. En el centro, se divisaba un atril, con varios micrófonos.

Los periodistas aguardaron durante varios minutos, haciendo toda suerte de comentarios. De pronto, entró uno y anunció la

llegada de Nellie.

Los fotógrafos alistaron sus cámaras. En el centro del sector de galería situado frente al escenario, se encendieron unos focos. Luego los electricistas abandonaron el lugar y descendieron por unas escaleras situadas al otro lado del muro.

Un hombre apareció de pronto en el escenario.

—Caballeros de la prensa... y también damas de la prensa —sonrió Feldon—, permítanme que me presente. Soy el doctor Henry Hamilton Feldon, representante personal de la señora Thornton, y en su nombre les agradezco la gentileza que han tenido al acudir aquí para escuchar sus palabras, sobre cierto asunto muy interesante, que ella misma les informará y al que espera den la máxima publicidad. Gracias a todos, señoras y caballeros..., y ahora, oigamos a la señora Thornton.

Feldon se apeó del pequeño estrado, apartándose a un lado del escenario. La mayor parte de las luces se apagaron y sólo quedó un foco que alumbraba directamente el lugar en donde iba a situarse la joven.

Transcurrieron unos segundos, en medio de la máxima expectación. Luego, las cortinas negras se descorrieron en parte a ambos lados.

Nellie apareció en el escenario e hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Señoras y caballeros, gracias por su asistencia —dijo—. Como todos ustedes saben, soy la viuda de Blaise Thornton, y heredera de su inmensa fortuna. En un primer testamento, mi difunto esposo dejaba toda su fortuna a instituciones benéficas, salvo unas pequeñas mandas a unos parientes. Después, al casarse conmigo, otorgó nuevo testamento y me nombró heredera universal. Sin embargo, con el paso del tiempo, he reflexionado profundamente y llegado a la conclusión de que debo hacer que se cumpla la primitiva voluntad de mi esposo. Su fortuna debe de ser destinada a instituciones benéficas, íntegramente, todo cuanto poseía, que ahora es mío, todo, bienes muebles e inmuebles de toda clase, y añadido que ésta es una cesión absolutamente voluntaria y que he tomado sin presiones externas de ningún género.

Nellie hizo una corta pausa. Los comentarios brotaron de todas las bocas. Hubo un denso murmullo de voces y ella, al cabo de unos

instantes, alzó la mano para recabar silencio.

—En esta cesión, sin embargo, impongo una condición —dijo—. Puedo hacerlo y nadie tiene derecho a discutir mi voluntad. Esta condición consiste en la exclusión de los beneficios de mi fortuna de una de las instituciones benéficas mencionadas por mi difunto esposo en su primer testamento. Puedo hacerlo con absoluta legalidad y nadie, repito, está en condiciones de formular la menor objeción a mis deseos. Esta entidad benéfica, a la que excluyo total y absolutamente de cualquier donativo, es la Fundación Carthmile.

Las palabras de Nellie provocaron un silencio absoluto. Todos los periodistas estaban con la boca abierta, estupefactos por la insólita revelación.

De repente, y antes de que nadie pudiera hacer una sola pregunta, se oyó un sonido que parecía el rugido de una fiera. Casi en el acto, sonó un estampido.

En el escenario, un cristal saltó en mil pedazos. La figura de Nellie desapareció instantáneamente.

Sonaron gritos y chillidos de pánico. Arriba, en la galería, Leadhill, con un riñe en las manos, se quedó estupefacto.

Inmediatamente, comprendió la trampa en que había caído. Desesperado, dio media vuelta y buscó la escalera.

Sharboe aguardaba al pie, con su revólver en la mano.

—¡Tire el riñe! —ordenó.

Leadhill parecía haber perdido el juicio. Levantó el arma y movió el cerrojo para introducir una nueva bala en la recámara. Sharboe hizo fuego.

Sonó un gemido. Leadhill soltó el arma, se llevó las manos al pecho y se inclinó hacia adelante. Luego rodó violentamente por la escalera, hasta quedar inmóvil en el suelo.

Sharboe se acercó y se inclinó hacia él. Súbitamente, aparecieron algunos fotógrafos de prensa. Los policías de uniforme procuraron contenerlos. Estallaron los *flashes* de las cámaras. Feldon corrió hacia aquel lugar.

—¡Hal!

Sharboe se volvió.

—No quiso entregarse —contestó.

Feldon asintió.

—Me lo suponía —dijo simplemente.

Sharboe dejó a un subordinado al cuidado de lo que podía suceder a partir de aquel momento. Tenía que hacer algo muy importante.

Media hora más tarde, y acompañado por dos policías de uniforme, se encaraba con Effie Grove.

—Señorita Grove, le anuncio que queda arrestada por el asesinato de Dudley Fitzhugh. Puede callar, si lo desea, pero si habla, lo que diga puede ser utilizado contra usted en un tribunal. También puede nombrar un abogado...

Effie se derrumbó. Apenas si tuvo fuerzas para alargar las manos hacia las esposas que tenía uno de los agentes.

—Tu trampa dio resultado —dijo el teniente Sharboe aquella misma tarde, mientras aceptaba la copa que le tendía Nellie.

—Tenía que ser así. Leadhill no podía reaccionar de otra forma. Quizá hubiese esperado, en caso de que Nellie hubiese dejado parte de su fortuna a la Fundación Carthmile, para matarla más adelante. Pero no convenía darle más tiempo; ya había muerto mucha gente. Cuando supo que la Fundación no iba a percibir un solo centavo, perdió la cabeza y disparó contra la pantalla.

—Es decir, iba preparado ya con su rifle —terció la muchacha.

—Quiso ser previsor. Posiblemente, no pensaba hacer nada, pero estimó que el rifle no le iba a estorbar.

—Y en cuanto supo la noticia, se enfureció.

—Será mejor que no sigamos comentándolo —propuso Sharboe—. Todo ha terminado ya, para bien de las personas decentes. Pero, Chuck, tu invento es algo maravilloso. Nadie en la sala se dio cuenta de que Nellie era sólo una imagen en la pantalla y que se estaba proyectando una grabación realizada con anterioridad. Es auténticamente cine en relieve...

Feldon sonrió.

—Me ha costado dos años de trabajos y es el sistema más perfecto que se conoce hasta ahora —dijo, satisfecho.

Sharboe meneó la cabeza.

—Leadhill estaba un tanto desequilibrado —dijo—. He hablado con el psicólogo de la policía. Era un hombre muy variable, que elaboraba constantemente toda suerte de planes. Nunca siguió una línea recta, salvo en un punto: conseguir que parte de la fortuna de Nellie fuese a parar a la Fundación Carthmile, para administrarla

él..., de la forma que es fácil de imaginar.

—En resumen, Fitzhugh y los Grove bailaron al son que él les tocaba.

—Así se puede decir, Chuck. Por cierto, hemos encontrado en casa de Fitzhugh cosas muy interesantes. Estaba atrapado hasta las cejas con Leadhill, quien le cobraba intereses exorbitantes. Naturalmente, el dinero que Leadhill le prestaba pertenecía a la caja de la Fundación; por eso Fitzhugh hacía lo que el otro le ordenaba. Desde intentar los asesinatos de ustedes dos... hasta preparar el pastel envenenado.

—Lo cual no le sirvió para nada, porque él, a su vez, murió también envenenado.

—Y precisamente con el tiempo justo para que no pudiera darse cuenta de que alguien conocía sus propósitos. Effie lo había espiado y sabía lo que se proponía hacer; se lo contó a Leadhill y...

Sharboe acabó su copa y se puso en pie.

—En fin, señora, su cerco ha terminado.

—Hal, llámeme Nellie —pidió la muchacha.

—Claro. —Sharboe se volvió hacia su amigo—. Felicidades, Chuck —le deseó.

—Ah —exclamó ella—. La Fundación Carthmyle recibirá una parte importante de la fortuna. Por supuesto, no pienso confirmar el anuncio que hice en el escenario.

—Se alegrarán —aseguró el policía.

—Espera un momento —dijo Feldon—. Te acompaño, Hal.

La mano del joven rozó la de Nellie.

—Creo que te conviene reflexionar un poco... algunos días. Lo necesitas —añadió.

Nellie sonrió, a la vez que hacía un gesto de aquiescencia.

—Sí, Chuck —respondió.

La nieve caía mansamente y el suelo empezaba a blanquear. Nellie dormía plácidamente, acurrucada en brazos de su flamante esposo.

Un ruidoso aleteo les despertó súbitamente a la pareja. En la sala, «Judas» emitió unos graznidos de protesta.

—¡Tengo hambre, tengo hambre!

Feldon abrió un ojo y sonrió.

—Nellie, voy a dar de comer a «Judas» —anunció.

Ella le besó cálidamente.

—Vuelve pronto —pidió.

Feldon se levantó, buscó carne picada y la puso en un plato, que colocó encima de la mesa.

—«Judas», déjanos tranquilos —ordenó.

—Sí, amo —respondió el cuervo.

Feldon miró a través de la ventana. El tiempo amenazaba con empeorar. Sonriendo, se acercó a la chimenea y encendió un alegre fuego. Luego regresó al dormitorio.

—Chuck, abrázame fuerte —dijo la joven.

Feldon obedeció. Mientras besaba suavemente la frente de su esposa, murmuró:

—Nellie, ¿no te arrepentirás algún día...?

—No hay dinero en el mundo que pueda comprar lo que siento ahora —respondió ella—. Estaba cercada por el dinero... y ahora sólo quiero el cerco de tus brazos.

—Lo tendrás siempre —prometió él.

Abrazó fuertemente a Nellie y ella volvió a apretarse contra su cuerpo. Nellie suspiró hondamente.

Todas sus tribulaciones hablan terminado. Ahora era, plenamente, una mujer feliz.

FIN

¡AHORA sí es posible!

*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE **ESTEFANIA**

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE



ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

